

Eugenio Orrego Vicuña

San Martín

Drama histórico en cinco actos

NOTICIA PRELIMINAR

Tiempo ha que el autor, siguiendo la línea americanista que ha sido el Norte invariable de su obra literaria, tenía el propósito de componer una serie de dramas históricos cuyos protagonistas fuesen algunos de los principales libertadores que actuaron en la grande era de la Independencia. Tocó a Carrera, por circunstancias especiales, el primer turno. A continuación seguirían San Martín, Bolívar, Washington y O'Higgins. Acaso, también, el glorioso Precursor, que fué el padre común de los capitanes del Sud.

Para llevar a cabo la tarea, me propuse ubicar a cada personaje en su clima personal, dentro del medio en que actuó y empleando en gran parte sus propias palabras y frases, tomadas de su correspondencia, de sus escritos y de los documentos principales de la época, debidamente controlados y expurgados. Tal tarea, para su éxito — siquiera fuese relativo — debía realizarse por un escritor en quien el historiógrafo y el hombre conocedor de los resortes teatrales se hermanasen en algún modo.

Ignoro si en Carrera se consiguió lo buscado, pues diversas circunstancias han impedido su estreno hasta hoy. () Pero tuvo sí, en tiempo oportuno, los honores de la Universidad de Chile, que lo acogió en sus Anales, siendo la única pieza dramática que ha logrado esa buena fortuna.*

(*) En la noche del 16 de Junio de 1939, la Compañía Nacional de Alejandro Flores, especialmente conjuntada para el caso, estrenó CARRERA en el teatro de la Comedia de Santiago. Tanto la crítica como el público acogieron el drama con unánime y entusiasta aprobación.

El método empleado en el drama se refuerza con ventaja, a mi juicio, en el San Martín pues la fidelidad histórica más escrupulosa brilla en su desarrollo; al punto de que sólo una transposición importante, inevitable en realidad, puede descubrirse en el cuarto acto, y fué con el objeto de darle el final adecuado. La escena entre el libertador argentino y Guido que tiene por teatro un gabinete del palacio de La Magdalena, ocurrió en realidad después de la abdicación del Protector y no antes, como nos hemos visto forzados a hacerlo. El drama, en conjunto, se desenvuelve al modo de un relato escénico que cualquier historiador escrupuloso podría hacer suyo.

Un largo estudio del personaje — sobre el cual hemos escrito una historia breve que fué publicada por La Nación de Buenos Aires, y una Iconografía (en que dicho trabajo está englobado) que lo ha sido por la Universidad de Chile — permite al autor suponer que el análisis psicológico es cabal. Parece que su personaje está en el clima de su vida y de la hazaña.

El tiempo dirá si esta auto-opinión es correcta. . . .

En lo histórico, que aquí es lo dominante, pues no se registran escenas de fantasía como en Carrera (en donde las hay, si bien son secundarias), hánse agotado las fuentes que sirvieron para otros ensayos de índole más árida: documentación oficial, obras diversas, memorias de la época y estudio especial de algunas autoridades (Vicuña Mackenna, Mitre, Espejo y Rojas, en primer término).

Tocante a la factura artística, se utiliza el estilo teatral más moderno posible, adicionándolo de algunas modalidades muy personales. Se ha concebido el drama como una unidad que abarca toda la vida del Libertador, la pública y la privada, desarrollándola en cuadros, que, a su vez y por necesidad de representación, se agrupan en cinco actos. Para reforzar la continuidad de tiempo y crear, en veces, una atmósfera adecuada, el autor ideó una serie de entrecuadros cuyo personaje principal y casi único es el pueblo, la masa humana en la cual y para la cual actuara el prócer. Acaso pudiera decirse, una renovación del antiguo coro.

En éste como en otros puntos de su obra, el autor se remite al futuro. Decía con razón San Martín: «Lo general de los hombres, juzgan de lo pasado según la verdadera justicia, y de lo presente según sus intereses.»

Isla Orrego, Verano de 1938.

EUGENIO ORREGO VICUÑA

DISTRIBUCION DE LA OBRA

ACTO PRIMERO: ESPAÑA Y AMERICA

- Cuadro I: *Pregón del Destino.*
- Cuadro II: *España.*
- Cuadro III: *Ante el Triunvirato.*
- Cuadro IV: *Después de San Lorenzo.*

ACTO SEGUNDO: MENDOZA

- Cuadro V: *El Gobernador de Mendoza.*
- Cuadro VI: *La Logia Lautaro.*

ACTO TERCERO: LAS CAMPAÑAS DE CHILE

- Cuadro VII: *El Paso de los Andes.*
- Cuadro VIII: *Antes de Chacabuco.*
- Cuadro IX: *Después de Chacabuco.*
- Cuadro X: *Antes de Maipo.*
- Cuadro XI: *La Batalla de Maipo.*

ACTO CUARTO: SAN MARTIN EN EL PERU

- Cuadro XII: *La Expedición Libertadora.*
- Cuadro XIII: *San Martín entra a Lima.*
- Cuadro XIV: *Lima, Ciudad de los Libres.*
- Cuadro XV: *La entrevista de Guayaquil.*
- Cuadro XVI: *La Magdalena.*
- Cuadro XVII: *La abdicación.*

ACTO QUINTO: EL OSTRACISMO

- Cuadro XVIII: *Frente a Buenos Aires.*
- Cuadro XIX: *Grand - Bourg.*
- Cuadro XX: *Boulogne - sur - Mer.*
- Cuadro XXI: *La muerte del Libertador.*

y diez y seis entrecuadros

DRAMATIS PERSONAE

(Por orden de entrada en escena)

José de San Martín.
Juan Martín de Pueyrredón } Miembros del Triunvirato.
Feliciano Chiclana }
Bernardino Rivadavia }
Antonio José de Escalada.
Rufino Guido.
Manuel Rodríguez.
Padre Zapata.
Teniente Ortiz.
Bernardo O'Higgins.
Estanislao Soler.
José Antonio Alvarez Condarco.
Hermano Vigilante.
El Auditor de Guerra.
El señor Secretario.
Fray Domingo
El Obispo de Santiago.
Un Ujier.
Oidor Navarro.
Oidor Ocampo.
Don Francisco Casimiro Marcó del Pont, Gobernador de Chile.
Capitán San Bruno.
Oficial 1.º
Padre Larraín.
Don Francisco Ramón de Vicuña.
Juan O'Brien.
General Antonio González Balcarce.
Un soldado.
Lord Cochrane, jefe de la Escuadra Chilena.
Almirante Blanco Encalada.
José Ignacio Zenteno, Gobernador de Valparaíso.
Manuel Olazábal.
Un estudiante.
Un muchacho del pueblo.

El Conde de la Vega del Ren.
El Marqués de Torre Tagle.
Bernardo Monteagudo.
Eusebio Soto, paje y criado de San Martín.
El Marqués Aguado.
Mariano Balcarce.

Doña Gregoria Matorras.
Una indiecita.
La Vieja.
María Elena San Martín.
Doña Tomasa de la Quintana.
Negrita.
Doña Remedios Escalada.
La Marquesa de Casa Real.
Tapada Primera.
Tapada Segunda.
Tapada Tercera.
La Marquesa de Torre Tagle.
Mercedes San Martín.
Merceditas.
Pepita.
La Chana.

Voces del coro, oficiales, soldados, marineros, invitados, tapadas, gente del pueblo.

La escena en el Virreinato y en las Provincias Unidas del Plata (Argentina), España, Chile, Perú, Ecuador y Francia. Años de 1778 a 1850.

ACTO PRIMERO
ESPAÑA Y AMÉRICA

CUADRO I

PREGON DEL DESTINO

Telón corto. Un sendero cerca de Yapeyú. A la derecha una choza. El paisaje muestra palmeras, algarrobos y espinillos, lianas y helechos que marcan el comienzo de la selva. Es al atardecer, un día de Mayo de 1778. Por camino difícil avanza una dama, seguida de una indiecita de pocos años.

Antes de alzarse el telón la escena estará a oscuras, oyéndose redobles de tambor y un toque breve de clarín.

Escena Única

(Doña Gregoria Matorras, La Vieja, una indiecita. Voces del bosque.)

DOÑA GREGORIA.— *(Mujer joven y hermosa, la mirada plena de esperanzas y en el rostro como la aureola de la maternidad feliz.)*—Tarda esa choza, niña. ¿Aún estamos lejos?

LA INDIECITA.— Ahí es, mi amita, ahí es.

DOÑA GREGORIA.— ¿Esa choza?

LA INDIECITA.— Ahí, mi amita. Con licencia de su merced, iré a llamar a La Vieja.

DOÑA GREGORIA.— Andá, niña. Estoy cansada y me reposaré un poco en este tronco.

LA INDIECITA.— Voy mi amita. *(Corre hacia la choza y asoma la cabeza por la puerta entreabierta. Pausa ligera.)* ¡Ohe. . . . ohe. . . . !

(A la puerta asoma una india vieja, cargada de años, descalzos los pies, suelto el pelo encanecido y cubierta de vestiduras multicolores, casi en andrajos.)

LA VIEJA.— ¿Qué buscas, niña?

LA INDIECITA.— Amita Gregoria viene al rancho.... Ahí está, sentada.... En aquel tronco....

LA VIEJA (*poniendo una mano sobre los ojos*).— Poco veo ya.... Llévame tú donde está la señora.

(*Marcha difícilmente, apoyada en el hombro de la Indiecita. Doña Gregoria se adelanta a encontrarlas.*)

DOÑA GREGORIA.— Buenas tardes. ¡El Señor la acompañe!

LA VIEJA.— Buenas tardes, mi señora. ¡El Señor te proteja!

DOÑA GREGORIA.— Dijéronme que viniera a usted. Un hijo tengo, un hijo pequeñito.

LA VIEJA.— Y quieres saber su destino.... Todos quieren saber su destino y vienen en busca de La Vieja. Esta pobre vieja, cargada de años y de pecados — el Señor la perdona — ha aprendido a leer en el Destino. Y habla con las estrellas en las noches claras y habla con los árboles de la selva en las noches oscuras....

DOÑA GREGORIA.— Mi hijo nació en Febrero....

LA VIEJA.— ¡Para La Vieja ya no hay misterios en el mundo! Encorvadas están sus espaldas por la carga de todo lo que sabe.

DOÑA GREGORIA.— ¿Cuál será el destino de mi hijo?

LA VIEJA.— Dame la mano, que anoche hice los conjuros.

DOÑA GREGORIA.— ¿Anoche?

LA VIEJA.— La Vieja lo sabe todo. La Vieja sabía que habías de venir. Dame la mano. (*Inclina sus ojos cansados sobre la mano de la señora y reflexiona*) ¡Sí.... era eso.... era eso....!

DOÑA GREGORIA.— ¿Qué ven sus ojos, mi buena señora?

LA VIEJA.— Tu hijo será gallardo mozo y nadie le aventajará en valentía.... A nadie temerá y le temerán todos... Sus ojos tendrán el poder de seducir y de mandar.... Su brazo empuñará la espada y su corazón dominará....

DOÑA GREGORIA.— ¡Hijo mío!

LA VIEJA.— Ha de atravesar los mares.... Combatirá en tierras lejanas y vencerá a los guerreros más poderosos.... En tierra y en mar combatirá.... Y atravesará el charco de nuevo.... Y vendrá a estas tierras.... Lo veo lleno de gloria.... Libertará los esclavos.... Consolará a los que sufren.... Será como un santo.... Quebrantará ca-

denas y hará felices a los pueblos. Su vida será larga y en ella veo gloria y dolor.

DOÑA GREGORIA.— ¡Hijo mío!

LA VIEJA.— Un día se separará de tu lado y no lo volverás a ver.

DOÑA GREGORIA.— ¡Hijo mío!

LA VIEJA.— Así lo manda su destino. Así lo ven mis ojos. Su nombre no tendrá olvido, y su gloria será limpia y eterna, como la luz de las estrellas.

DOÑA GREGORIA.— No pido más. ¡Qué se cumpla su destino, que sea grande y feliz, que la gloria le sonría!

LA VIEJA.— Y también el dolor, porque el dolor es como la sal de la gloria.

DOÑA GREGORIA.— ¡Qué sea feliz!

LA VIEJA.— Que sea hombre y se cumpla su destino de Hombre.

EL ECO DE LAS FUERZAS FEMENINAS (*alejándose en la selva*).— ¡Que sea feliz! ¡Que sea feliz! ¡Que sea feliz!

EL ECO DE LAS FUERZAS MASCULINAS (*alejándose en la selva*).— ¡Que sea glorioso! ¡Que sea glorioso! ¡Que sea glorioso!

LA VOZ DE LA SELVA (*en coro*).— ¡Qué se cumpla su destino!

(*La tarde ha ido cayendo al final de la escena y las sombras comienzan a dominar. Doña Gregoria, La Vieja y La Indiecita avanzan lentas por el sendero, mientras las voces y los ecos hablan.*)

TELÓN LENTO.

ENTRECUADRO

(*Al término del Cuadro Primero se oscurece la escena y sue- na el ruido lejano del cañón; vienen rumores de caballos en galo- pe, redobla el tambor.*)

UNA VOZ.— ¡Viva el Rey!

OTRA VOZ.— ¡Viva España!

TERCERA VOZ.— ¡Viva España y cierra Santiago!

CUARTA VOZ.— ¡Vive l'Empereur!

CORO DE VOCES.— ¡Viva el Rey!

CUADRO II

ESPAÑA

Patio en una casa española. Sillones fraileros en los corredores. Macetas floridas y rejas de hierro al fondo. Es una mañana de sol en 1811.

Escena I

(Doña Gregoria, La Indiecita; después San Martín.)

(Han corrido los años. Doña Gregoria se conserva vigorosa, con aire todavía juvenil; viste de negro. La Indiecita es ya una mujerona robusta, buen ejemplar de las criollas fieles de otro tiempo. Sentada en un sillón frailer, la señora hace costura y la criada le lleva compañía. Suena una campana distante.)

DOÑA GREGORIA.— ¿Qué será de José? Guerras y hazañas. . . . Guerras siempre. . . . A todos mis hijos los ha llevado la guerra. . . . Sólo María Elena me queda.

LA INDIECITA.— Sirven al Rey y al Señor.

DOÑA GREGORIA.— Sirven y se llenan de gloria, de gloria sin recompensa ¡Si viviera Juan!

LA INDIECITA.— Su merced desde el cielo ha de verlos.

DOÑA GREGORIA.— José me preocupa más que sus otros hermanos. De todos ellos ninguno ha sido más mío y a ninguno lo he tenido más distante siempre. ¿Recuerdas la buena-ventura que nos dijo la Vieja de Yapeyú?

LA INDIECITA.— La recuerdo, mi amita.

DOÑA GREGORIA.— Hace tantos años. . . . ¡Hace más de treinta! ¡Ay, mi José! ¡Ay, el hijo de los presagios! ¡Ay, mi José!

(Como a un conjuro se perfila tras de la cancela de hierro la figura de un militar joven y apuesto, alto de cuerpo, moreno y her-

moso, recias las acusadas facciones varoniles. Viste uniforme de coronel del Regimiento de Campo Mayor).

LA INDIECITA.— ¡Amita, amita!... Ahí está!

DOÑA GREGORIA (*los brazos extendidos hacia la reja*).— ¡Ay, mi José! (*La Indiecita ha corrido a abrir y el militar se precipita en los brazos de la dama.*)

SAN MARTÍN.— ¡Madre!

DOÑA GREGORIA.— ¡Hijo mío!

SAN MARTÍN.— ¡Tanto tiempo sin vernos!

DOÑA GREGORIA.— ¡Ay, mi José!

SAN MARTÍN.— Ha terminado la campaña.... ¡Una campaña más!

DOÑA GREGORIA.— Traerás hambre, hijo. (*A La Indiecita*) Corre, niña. Apura la cena. Prepara mistelas y dulces y prevén a María Elena, así que regrese.

LA INDIECITA.— Como mande, su merced.

SAN MARTÍN (*a La Indiecita*).— Me he acordado de tí, niña. Un rosario te traigo.

LA INDIECITA.— ¡Ay, su merced!

DOÑA GREGORIA.— Vé, mujer, y arregla la cena.

(*Mutis la Indiecita.*)

Escena II

(*San Martín, Doña Gregoria*)

DOÑA GREGORIA.— Deja que te mire a los ojos, que te vea bien. Va para dos años que no estábamos juntos. ¡Y qué hermoso estás, qué fuerte!

SAN MARTÍN.— Las guerras nos han separado, madre.

DOÑA GREGORIA.— ¡Siempre las guerras! De niño, te encerró tu padre en el Colegio de Nobles de Madrid. A los once años tú mismo solicitaste el ser admitido como cadete en el Regimiento de Murcia, a lo que accedió el Rey don Carlos IV, que Dios guarde. Y desde entonces sólo campañas, sólo batallas.... Todo para el Rey y anda para la madre.....

SAN MARTÍN.— España me necesitaba, pero mi corazón estaba con usted.

DOÑA GREGORIA.— Ahora vendrás para quedarte.

SAN MARTÍN.— Si pudiera.....

DOÑA GREGORIA.— Estarás cansado de guerras.

SAN MARTÍN.— Cansado, madre; pero no me pertenezco.

DOÑA GREGORIA.— Te quedarás. . . .

SAN MARTÍN.— He luchado en los ejércitos del Rey muchos años. He estado en Africa, me he batido en Oran y en Melilla; los franceses me hirieron, y a las tropas de Napoleón y a las del inglés derrotaron mis hombres. Gané condecoraciones, grados y honores. . . . De cadete partí y ahora por coronel de las fuerzas de Campo Mayor me han reconocido. . . . Mucha vida queda atrás, mucha ilusión en los caminos, pero no debo descansar. . . .

DOÑA GREGORIA.— Te quedarás, hijo.

SAN MARTÍN.— Quisiera quedarme. . . .

DOÑA GREGORIA.— Te quedarás. . . . Si la guerra ha terminado; si la paz vino por fin a consolar nuestras fatigas, ¿quién podría separarnos?

SAN MARTÍN.— Otros deberes me llaman.

DOÑA GREGORIA.— Ninguno debe apartarte de mí.

SAN MARTÍN.— Desde más allá del mar vienen los clamores de la tierra oprimida, las voces de la patria lejana que quiere romper sus cadenas.

DOÑA GREGORIA.— ¿De qué patria me hablas? ¿No es ésta tu patria?

SAN MARTÍN.— Más allá del mar está nuestra patria, madre. Es la tierra en que nací; la tierra americana, ubérrima y grande, esa tierra que es como un mundo y a la cual son necesarios los esfuerzos unidos de todos sus hijos, porque sin ellos nunca podrá ser libre, nunca podrán romperse las cadenas que la oprimen. Mi patria está más allá de los mares, madre, en el otro extremo del mundo. Mi patria se llama América.

DOÑA GREGORIA.— ¿Y el Rey, hijo? ¿Y esta España en cuyo seno te has formado y a la que debes tu carrera?

SAN MARTÍN.— Cumplí con el Rey y cumplí con España. Cuando sus campos se vieron invadidos, cuando los extranjeros avasallaron su suelo, yo la serví con mi espada, yo le dí mi sangre. Sembrados con ella están sus campos. Libre la veo ahora, dueña de su destino. ¿Qué más puedo hacer por España?

DOÑA GREGORIA.— No combatirla.

SAN MARTÍN.— Nunca la combatiré. Nunca dejaré de amar a España. Sirviendo a América, luchando por sus libertades, lucharé contra los malos españoles, contra los sicarios de la tiranía y el obscurantismo, contra aquellos que se opo-

nen al progreso y a la luz. Combatir y vencer a esos hombres, no es combatir a España, que de ella, de esta sangre española que llevamos en nuestras venas, nos viene el amar la libertad por sobre todas las cosas de la vida.

DOÑA GREGORIA.— Odio a América.

SAN MARTÍN.— ¿Por qué, madre?

DOÑA GREGORIA.— Porque quiere arrebatarme tu cariño.

SAN MARTÍN.— Mi cariño nó. Siempre te acompañará mi amor.

DOÑA GREGORIA.— Pero te irás. América te lleva.

SAN MARTÍN.— Me iré, porque así lo manda la voz de mi destino.

DOÑA GREGORIA (*recordando*).— ¡Tu destino! ¿Era cierto, entonces? Decía verdad la Vieja de Yapeyú. . . .

SAN MARTÍN.— En el ruido de los campamentos, en el fragor de las batallas, mientras los hombres luchaban y morían, una voz recóndita, una secreta voz gritaba junto a mi corazón: «¡América!» «Torna a América» «América te necesita» Y por las noches, en la soledad de las vigili-
as, en el silencio de las sombras, la voz tornaba a sonar: «¡América! América!» Y mi alma, lejos de usted, lejos de todo lo que amo, se sentía sola y atormentada. . . . Debo irme, madre, debo irme. . . . ¡América me llama!

DOÑA GREGORIA, (*como sobrecogida al conjuro del recio llamado*).— Será tu destino, hijo.

SAN MARTÍN.— He de cumplirlo.

Escena III

(*Dichos, María Elena, la Indiecita.*)

(*María Elena, hermana del Libertador, en la plenitud de su vida, ha escuchado desde una puerta los últimos parlamentos. Detrás de ella la Indiecita.*)

MARÍA ELENA, (*avanzando al encuentro de San Martín*).— ¡Te vas de nuevo, José!

SAN MARTÍN, (*avanza hacia ella*).— Me voy, hermana. . . . (*Abrazándola estrechamente.*) ¡Hermana mía!

DOÑA GREGORIA, (*la diestra alzada*).— Y yo te bendigo, hijo!

TELÓN.

ENTRECUADRO

(El escenario en sombra. Rumor de multitud. Redobla el tambor.)

UNA VOZ.— ¡Viva la Revolución!

OTRA VOZ.— ¡Vivan las Provincias Unidas del Plata!

TERCERA VOZ.— ¡Mueran los maturrangos!

CORO DE VOCES.— ¡Viva la Revolución!

(Redoble de tambor.)

CUADRO III

ANTE EL TRIUNVIRATO

Telón corto. Gabinete en el Fuerte de Buenos Aires, en el verano de 1812.

Escena I

(Pueyrredón, Rivadavia, Chiclana, miembros del Triunvirato; un ujier.)

RIVADAVIA.—Queda firmado el nombramiento del joven Alvear. Es mozo listo y figurará honrosamente en la Revolución.

CHICLANA.—Así lo esperamos.

PUEYRREDÓN.—Yo respondo de él. Su tío don Gervasio Antonio de Posadas es buen fiador suyo y de todo su grupo.

RIVADAVIA.—Nos falta recibir a San Martín.

CHICLANA.—El coronelito.

PUEYRREDÓN.—Sus antecedentes son de primer orden. Se ha batido en todas las guerras de España durante veinte años. Es admirable su hoja de servicios.

CHICLANA.—Pero esos servicios a España por tan largo tiempo, ¿no hacen un tanto sospechosa su adhesión?

RIVADAVIA.—Hablabamos con él. *(Toca una campanilla.)*

UN UJIER.—¿Manda su excelencia?

RIVADAVIA.—Que entre el Coronel San Martín.

(Pausa breve. Aparece San Martín con uniforme de gala.)

*Escena II**(Dichos y San Martín)**(San Martín saluda y aguarda en posición firme.)*

PUEYRREDÓN.— Adelante, coronel. El Triunvirato recibe con agrado su visita.

SAN MARTÍN.— Estoy a las órdenes de vuestras excelencias, en quienes reconozco el gobierno legítimo de la patria.

RIVADAVIA.— ¿Está usted dispuesto a servirla lealmente?

SAN MARTÍN.— Mi espada y mi vida están a su disposición. He átravesado el mar y renunciado al porvenir que en Europa podía aguardarme, para consagrarme por entero, en alma y cuerpo, a la causa de América.

CHICLANA.— Sin embargo, sirvió usted varios años al Rey de España.

SAN MARTÍN.— Aún no había sonado el clarín de la Revolución de Mayo. Serví al Rey porque era militar, como lo sirvieron aquí otros altos jefes y oficiales que hoy se han declarado por la patria.

PUEYRREDÓN.— El gobierno aceptará sus servicios y confiará en su lealtad.

SAN MARTÍN.— De ella he de responder con mi vida.

RIVADAVIA.— Así esperamos....

CHICLANA.— ¿Y qué proyectos tiene usted?

SAN MARTÍN.— Ante todo cumplir las órdenes que el superior gobierno se sirva impartirme. Y si se me autoriza, creo que podría utilizarse mi experiencia en la organización de un regimiento de granaderos a caballo, que yo instruiría a la usanza europea.

RIVADAVIA.— Me parece bien.

CHICLANA.— ¿Y piensa usted establecerse definitivamente en el país?

SAN MARTÍN.— Formaré mi hogar en Buenos Aires. Con licencia de vuestras excelencias, tengo pensado casarme con doña María de los Remedios Escalada. Mi familia ha de ser americana.

PUEYRREDÓN.— La patria confía en usted, coronel. Oportunamente se le hará la destinación que convenga. Puede usted retirarse satisfecho.

RIVADAVIA.— Pronto resolveremos.

CHICLANA.—Y se le noticiará.

SAN MARTÍN, (*saludando*).—Gracias, señores. Creo que el porvenir se encargará de justificarnos a todos. Entretanto mi espada y mi brazo quedan a disposición de la patria.

TELÓN.

ENTRECUADRO

(*Redoble de tambor. Escúchase rumor de caballería al galope, disparos y gritos. Redoble de tambor.*)

UNA VOZ.—¡Viva la patria!

OTRA VOZ.—¡Mueran los maturrangos!

TERCERA VOZ.—¡Gloria a los Granaderos a Caballo!
¡Gloria al valiente Cabral!

CORO DE VOCES.—¡Viva el vencedor de San Lorenzo!

CUADRO IV

DESPUES DE SAN LORENZO

Salón en casa de don Antonio José de Escalada. Techo de vigas salientes, algunos boules y muebles Luis XVI. Año de 1812.

Escena I

(Pueyrredón, una Negrita.)

(Pueyrredón en traje de etiqueta, precedido de una Negrita.)

PUEYRREDÓN.—¿Avisaron a mi señor don Antonio y a mi señora doña Tomasa?

NEGRITA.—Le avisaron a los amitos de la visita de su merced, y luego, luego vienen.

PUEYRREDÓN.—Supongo que tú serás una buena patriota.

NEGRITA.—Sí, su merced. Dice mi amita Remedios que soy libre, libre.

PUEYRREDÓN.—Como los pájaros, hija.

NEGRITA.—Pero yo no quiero ser libre; no quiero separarme de los amitos. . . .

PUEYRREDÓN.—Amas las cadenas, hija. Y tantos como tú habrá por ahí. . . . ¡Dura tarea nos aguarda en verdad!

Escena II

(Dichos, don Antonio José y dona Tomasa de la Quintana.)

(Don Antonio José de Escalada y su esposa, doña Tomasa de la Quintana, en traje de ceremonia, avanzan con grave y compuesto ademán.)

DON ANTONIO JOSÉ.— Bien venido sea a esta su casa, mi señor don Juan Martín.

PUEYRREDÓN.— Muy feliz me siento de encontrarme en ella, mi señor don Antonio José.

DOÑA TOMASA.— Dichosos los ojos, señor.

PUEYRREDÓN.— Dichoso y muy dichoso yo, señora mía.

DON ANTONIO JOSÉ.— Mi hija vendrá enseguida a presentarle sus respetos.

PUEYRREDÓN.— En nombre del Gobierno tengo la honra de manifestarles nuestra complacencia nacional por la victoria de San Lorenzo, que ha limpiado de enemigos y de asechanzas el Río de La Plata. Quiero ser el primero en saludar al vencedor, en ofrecer mis brazos al bravo y digno Coronel San Martín.

DON ANTONIO JOSÉ.— ¡Tanto honor para nuestro hijo!

DOÑA TOMASA.— ¡Tanto honor!

PUEYRREDÓN.— Por mi boca quiero hacerle presente la gratitud de la patria.

Escena III

(*Dichos, doña Remedios.*)

(*Joven y hermosa, doña Remedios pone la fresca nota de su gracia en la solemnidad de la visita.*)

DON ANTONIO JOSÉ.— Aquí tienes al señor de Pueyrredón, hija mía, que nos hace el honor de traer a nuestra casa las congratulaciones del Gobierno.

PUEYRREDÓN.— Señora, permítame besarle la mano y poner en mi saludo todo el reconocimiento de la patria.

DOÑA REMEDIOS.— Muy honrada me deja, mi señor de Pueyrredón. El Coronel San Martín no olvidará la fina atención del Gobierno.

PUEYRREDÓN.— Es usted su digna compañera. Su juventud ha puesto una nota de gracia en la dura vida de un hombre de guerra a quien las circunstancias y el mérito contraído forzarán mañana a nuevos sacrificios.

DOÑA REMEDIOS.— La victoria de San Lorenzo ha sido la obra de nuestros valientes soldados.

PUEYRREDÓN.— De su esposo, señora; de su esposo y de un granadero de nombre Cabral que encontró en el campo la más gloriosa de las muertes.

DOÑA TOMASA.—Pocos antecedentes de la batalla tenemos aún.

DON ANTONIO JOSÉ.—Nuestras noticias han sido algo someras.

PUEYRREDÓN.—¿No conocen los detalles? Pues ha sido una acción muy importante, en que nuestros hombres hicieron derroche de heroicidad. Tenía noticias el Gobierno de que los españoles intentaban un golpe de mano por el río, a fin de saquear San Lorenzo, y para impedirlo se comisionó a San Martín. El bravo coronel, a la cabeza de sus Granaderos a Caballo, que ya comienzan a ser famosos, esperó el desembarco a pie firme, y dióles una carga a fondo, ¡Qué entrevero, amigos míos, qué gloriosa y magnífica acción! Avanzaron los nuestros y don José a la cabeza, con tal ímpetu, con tanto denuedo, que el adversario no logró contenerlos. En medio de las balas, el caballo del jefe, herido en el pecho por un casco de granada, se encabritó, cayendo hacia atrás. San Martín no pudo zafar una pierna que le quedó cogida por su montura y ahí se preparaba a luchar hasta el último trance, cuando un granadero Cabral, ese Cabral cuyo nombre no será olvidado, consiguió al precio de su vida evitar que los enemigos concluyeran con la de su jefe, que nos es tan preciosa. Desasido, volvió San Martín a cabalgar y los golpes de su espada y el arrojo de los suyos dieron cuenta de la resistencia. Sembrado quedó el campo de muertos y heridos que aun tenían fuerzas para avivar a la patria. En un rincón, en tanto, mientras San Martín y sus hombres remataban gloriosamente el combate, Cabral, moribundo, animaba a los combatientes. «Déjenme, compañeros!, decía. ¿Qué importa la vida de Cabral si hemos triunfado de los maturrangos? Somos pocos: lárguense a sus puestos que yo muero contento por haber batido a los enemigos. ¡Viva la Patria!» ¡Y mientras su aliento se extinguía, señora, con San Martín la patria triunfaba!

(Durante el curso de este parlamento, hombres y mujeres de la servidumbre han ido reuniéndose junto a las puertas y tras de las ventanas de reja.)

DOÑA REMEDIOS.—¡Dios guarde a San Martín!

DON ANTONIO JOSÉ.—¡Dios salve a la patria!

(Oyense, afuera, ruidos y vivas y la gente entra en tropel al salón, rodeando a San Martín, cuyo uniforme viene cubierto aún de polvo del camino. Ha caído la noche y los sirvientes levantan antorchas que iluminan la escena.)

Escena IV

(Dichos y San Martín.)

DOÑA REMEDIOS.— ¡Mi señor!

SAN MARTÍN.— Amiga mía... Amada compañera...

(Se abrazan con emoción. Luego estircha en silencio las manos de sus suegros, quienes le abrazan ruidosamente.)

PUEYRREDÓN.— Después de las efusiones de la familia, el saludo del Estado.

SAN MARTÍN.— Perdone vuestra excelencia. ¡El jefe del Gobierno en mi casa! Es un insigne honor para quien no ha hecho más que cumplir con su deber.

PUEYRREDÓN.— El Gobierno sabe cuanto debe a su arrojo, a su pericia táctica, a su prudencia, a sus conocimientos militares, que son preciosos para la salud general.

SAN MARTÍN.— Un granadero salvó al jefe.

PUEYRREDÓN.— Y el jefe salvará a la patria.

(El entusiasmo gana a los circunstantes y a las gentes del vecindario que han ido congregándose. Hay en el salón oficiales, ordenanzas, negros, servidumbre y a todos une una misma fuerza solidaria. Los vivas y las voces no se acallarán hasta que el telón haya caído.)

UNA VOZ.— ¡Viva San Martín!

OTRA VOZ.— ¡Viva Cabral!

TERCERA VOZ.— ¡Gloria al vencedor de San Lorenzo!

VOCES EN CORO.— ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Gloria!

Sobre la escena iluminada por antorchas cae lento el

TELÓN.

ACTO SEGUNDO

MENDOZA

CUADRO V

EL GOBERNADOR DE MENDOZA

Gabinete de San Martín en la Gobernación de Mendoza. Sala modesta, pobremente amueblada. Ancha mesa de trabajo, llena de papeles puestos con orden. Cerca, un estante con archivadores. Es por la mañana, un día del mes de Diciembre de 1816.

Escena I

(San Martín, Guido.)

(San Martín, en uniforme militar, examina algunos papeles con profunda atención. Pausa. Por la ventana entreabierta se oye un toque de clarín prolongado. Golpean la puerta.)

SAN MARTÍN.—Adelante.

GUIDO *(en uniforme, cuadrándose junto a la puerta)*—A la orden, mi general.

SAN MARTÍN.—Buen día, Guido.

GUIDO.—Buen día, mi general.

SAN MARTÍN.—Bien. Podemos comenzar nuestra jornada, que, según malicio, ha de ser laboriosa.

(Guido abre un pequeño mueble y sacando de ahí una botella y un vaso licorero, lo llena, presentándolo en seguida a San Martín.)

GUIDO.—El remedio, mi general.

SAN MARTÍN.—Gracias, Guido. *(Lo bebe de un sorbo.)*

Con estos brevajes vamos triunfando de las dolencias físicas. Es una tregua que cada día se renueva. A ver, examinemos la lista (*tomando un papel*). «El granadero de la segunda del tercero, Clemente Ahumada, se queja contra el alférez Arias por haberle dado de palos en formación. . . . Carteles para los peones de la fábrica de pólvora. . . . A Pescara que de los cuatrocientos caballos que debe remitir todos sean escogidos. . . . Pedir noticias del dinero existente en caja para el primero del mes. . . .» Guido, ¿cómo está la audiencia de hoy?

GUIDO.— Hay un individuo de Chile, que dice llamarse El Español; el Padre Zapata, que también viene de Chile, y un oficial del 3.º. . . .

SAN MARTÍN.— Haga entrar al Español, entrevista reservada.

GUIDO.— Bien, mi general. (*Mutis.*)

Escena I I

(*San Martín, Manuel Rodríguez.*)

(*Aparece un hombre alto, vestido a la usanza campesina de Chile, manta de colores y un sombrero de paja en la mano, la fisonomía plena de inteligencia, los ojos chispeantes. Pausa ligera. San Martín finge examinar unos papeles, luego, clavándole los ojos.*)

SAN MARTÍN.— Cierre usted la puerta, amigo Rodríguez.

MANUEL RODRÍGUEZ (*cerrándola*).— Hecho, mi general.

SAN MARTÍN (*adelantándose, la mano extendida*).— ¿Qué hay de nuevo, coronel? Esperaba con impaciencia su regreso.

MANUEL RODRÍGUEZ (*tendiéndole un pliego de papel*).— En ese pliego encontrará usted un informe detallado de la situación chilena. No se dirá que Manuel Rodríguez ha perdido el tiempo. . . .

SAN MARTÍN.— Bien conozco sus hazañas, coronel, y los grandes servicios que le debe la causa: Usted ha sublevado campos y aldeas y sus montoneras llenan de pavor a los maturrangos. . . .

MANUEL RODRÍGUEZ.— Algo hemos hecho. . . .

SAN MARTÍN.— ¡Mucho, mucho! Pues, y estando a precio su cabeza, ¿no ha tenido usted la audacia de abrirle la portezuela de la carroza al mismísimo Marcó del Pont, el tirano de Chile?

MANUEL RODRÍGUEZ.—Hubiera pagado algunas narigonas de buen oro para ver la cara que puso al conocer la burla.

SAN MARTÍN.—Ahí tengo un plano topográfico hecho por Alvarez Jonte, cuando lo mandé a Chile, con el pretexto de comunicarle la declaración de la independencia de las Provincias Unidas. Marcó se enfureció al leer mi oficio y dijo que él firmaba con mano blanca, que la suya no era negra como la mía.....

MANUEL RODRÍGUEZ.—¡Ya se la pondremos parda!

SAN MARTÍN.—Así lo espero..... Entretanto habrá que redoblar los espías.... Nada debemos ignorar de lo que pasa en Santiago, porque los tiempos se acercan.....

MANUEL RODRÍGUEZ.—Los murrangos también nos espían desde cerca. Supe de cierto fraile dominicano que traspuso la cordillera.....

SAN MARTÍN.—Está en nuestro poder. Lo arrestaron cerca de Mendoza y como se le encontró algunos papeles sospechosos, a fin de que desatara la lengua, fingí un proceso y lo hice poner en capilla, con grandes velones encendidos. Un frailecito patriota fué a prepararlo a bien morir, con muchos aspavientos, con lo que el dominico largó toda el agua.....

MANUEL RODRÍGUEZ.—Era espía peligroso, sin duda....

SAN MARTÍN.—En un pliego de la sotana, más disimulado que el alma de Judas, llevaba cuatro cartas para otros tantos españoles de esta ciudad. Mandé traer a los cuatro murrangos y separadamente les mostré las cartas, significándoles que me deberían la vida a cambio de algún servicio.....

MANUEL RODRÍGUEZ.—Ahora comprendo..... Las cartas que esos godos enviaron a Marcó.....

SAN MARTÍN.—Fueron dictadas por mí.....

MANUEL RODRÍGUEZ.—Magnífico, general. Marcó del Pont ha caído en el lazo.

SAN MARTÍN.—Ahora me prestará usted un servicio. Hay que hacer llegar a Marcó estas dos cartas, obtenidas por el mismo conducto..... En ellas le hago creer que nos dejaremos caer sobre Chile en dos meses más, por los caminos más accesibles.

MANUEL RODRÍGUEZ.—Cuenta usted conmigo.

SAN MARTÍN.—¿Cuándo estarán en poder del Gobernador de Chile?

MANUEL RODRÍGUEZ.—Estamos a Miercoles. Podría par-

tir esta misma tarde. El Lunes próximo las tendrá en su poder don Casimiro Marcó del Pont.

SAN MARTÍN.—Gracias, coronel, y un viaje feliz. No le retengo más, porque suele ser verdad aquello de que el tiempo es oro.

MANUEL RODRÍGUEZ.—Hasta la vista, mi general.

SAN MARTÍN.—Adios, coronel y buena suerte. . . . ¡Buena suerte! (*Se estrechan la mano. Mutis de Manuel Rodríguez.*)

Escena I I I

(*San Martín y Guido; luego el Padre Zapata.*)

(*San Martín agita una campanilla.*)

GUIDO (*en la puerta*).—¿Manda, mi general?

SAN MARTÍN.—Introdúzcame al frailecito de Chile.

GUIDO.—¿Audiencia reservada?

SAN MARTÍN.—Pública, pública.

GUIDO.—A la orden. (*Mutis.*)

(*Pausa breve. San Martín examina algunos oficios. Entra un fraile gordiflón, un tanto azorado. Guido cierra la puerta y permanece junto a ella, atusándose socarronamente el bigote. Pausa breve.*)

SAN MARTÍN (*mirándole bruscamente*).—¿Es usted el Padre Zapata, de Santiago?

PADRE ZAPATA.—Sí. . . . sí. . . . excelencia.

SAN MARTÍN.—Pues sí que es usted un buen maturrango.

PADRE ZAPATA.—Señor. . . .

SAN MARTÍN.—He sabido que en las prédicas de los domingos, en Santiago, y hasta en los días ordinarios, dice usted a los fieles, calificándome de malditísimo jefe rebelde, que deben huir de mí como del demonio. . . .

PADRE ZAPATA, (*sudando*).—Señor. . . .

SAN MARTÍN.—Que se me debe llamar el General Martín, a secas, pues no tengo nada de santo. . . .

PADRE ZAPATA, (*con sudores de agonía*).—Permítame. . . . vuestra excelencia. . . .

SAN MARTÍN.—Que soy pariente del condenado Martín Lutero. . . .

PADRE ZAPATA.—¡Señor!. . . .

SAN MARTÍN.—Pues bien: es usted un maturrango fiero,

padre Zapata, y lo voy a condenar a la pérdida de la mitad de su apellido. . . . Ojo por ojo. . . . Si yo soy el General Martín, usted en adelante será el Padre Pata. . . .

PADRE ZAPATA.— ¡Excelencia! . . .

SAN MARTÍN.— Y mucho cuidado con olvidarlo, amigo. Como yo sepa que usted no se hace llamar por todo el mundo el Padre Pata. . . .

PADRE ZAPATA.— ¡Señor! . . .

SAN MARTÍN.— Le haré aplicar un ciento de azotes.

PADRE ZAPATA.— Si su excelencia me permitiera. . . .

SAN MARTÍN.— Nada, nada. Puede usted retirarse. . . .

PADRE ZAPATA, (*haciendo reverencias*).— ¡Señor excelentísimo!

SAN MARTÍN.— Adios Padre Pata.

(*Mutis del Padre Zapata, que retrocede haciendo reiteradas inclinaciones. Guido abre la puerta.*)

SAN MARTÍN.— Afortunadamente no todos los frailes son como éste. Hay en la Iglesia varones piadosos y dignísimos y sacerdotes que se sacrifican heroicamente por nuestra gran causa americana. . . . A ver, Guido, haga entrar a ese oficial del 3.º.

GUIDO.— Bien, mi general. (*Mutis.*)

Escena I V

(*San Martín, Teniente Ortiz.*)

(*El oficial, en posición firme, saluda y permanece en silencio. San Martín lo observa un segundo y le hace señas de que se aproxime.*)

SAN MARTÍN.— ¿Cómo se llama usted?

TENIENTE ORTIZ.— Segundo Ortiz, del 3.º, mi general.

SAN MARTÍN.— ¿Qué se le ofrece?

TENIENTE ORTIZ.— No es a mi general a quien debo dirigirme. Deseo hablar con el caballero particular don José de San Martín.

SAN MARTÍN.— Pues bien, hable usted con el caballero particular José de San Martín.

TENIENTE ORTIZ (*echándose a sus pies súbitamente*).— Se-

ñor, he jugado dinero ajeno, he perdido y soy acreedor al último suplicio.....

SAN MARTÍN (*severo, haciéndolo levantarse*).— Explíquese usted.

TENIENTE ORTIZ.— Mi mayor me envió a la tesorería a depositar el haber de la caja de mi regimiento. De camino, en una calle apartada, sentí voces de amigos que salían de una ventana abierta y me acerqué. Varios camaradas que estaban jugando me incitaron a entrar. Había un montón de oro sobre la mesa..... Ellos me invitaban..... Yo me resistía..... pero la vista del oro acabó por fascinarme..... Perdí la cabeza..... Aposté una onza mía y perdí.... dos contra siete..... Aposté otra y otra, hasta agotar mi paga... y perdí de nuevo..... Entonces, sin darme cuenta, puse plata de los caudales que me habían confiado..... y perdí..... Lo perdí todo, señor..... todo..... Y ahora no me resta sino morir.....

SAN MARTÍN.— Su acción, en efecto, es digna del más duro castigo.....

TENIENTE ORTIZ.— Salí de esa maldita casa hecho un harapo..... Pensé ir a mi alojamiento y concluir de una vez, pero me acordé de mis padres..... Pensé en mi familia..... Nó, no tenía derecho a morir dejándoles esta deshonra..... Señor, por lo que le sea a usted querido, por el nombre de su madre, permítame salvar mi honor..... Que mis compañeros no lo sepan..... Deme tiempo para pagar lo que debo..... Después saldré del ejército..... le serviré a usted de criado.... lustraré sus zapatos..... todo lo haré, señor, con tal de salvar el honor.....

SAN MARTÍN.—¿Cuánto debe usted?

TENIENTE ORTIZ.— Treinta y cinco onzas.....

SAN MARTÍN (*abriendo una caja y sacando un talego, del cual deja caer una puñada de onzas, que examina con ojo rápido*). Tome y réstituya a la caja la cantidad desfalcada.

TENIENTE ORTIZ, (*echándose a sus pies*).— Le deberé más que la vida.....

SAN MARTÍN.— Retírese usted y que nadie sepa una palabra de lo ocurrido. Si el General San Martín se entera de que usted ha dicho algo, le hará fusilar en el acto.

TENIENTE ORTIZ, (*guardando el dinero*). ¡Gracias, señor!

SAN MARTÍN.— Espero que usted se distinguirá por su

valor en la próxima campaña. No olvide que la sangre derramada por la patria borra toda mancha.

TENIENTE ORTIZ.— Sí, mi general. . . .! (*Saluda y mutis.*)

Escena V

(*San Martín, Guido*)

(*Pausa. San Martín parece meditar dolorosamente algunos instantes y luego agita la campanilla. Entra Guido.*)

SAN MARTÍN.— ¿Hay mucha gente en la antesala?

GUIDO.— Una docena de personas.

SAN MARTÍN.— Dígales que la audiencia queda suspendida hasta mañana. Tenemos que trabajar mucho.

GUIDO.— Un ayudante de mi General O'Higgins se ha presentado para recordarle en su nombre que hoy tendrá lugar la revista de las fuerzas chilenas.

SAN MARTÍN.— A las cuatro de la tarde. Respóndale que no faltaré y que espero que él no habrá olvidado la reunión de esta noche.

GUIDO.— Sí, mi general. (*Hace mutis. Pausa breve.*)

SAN MARTÍN (*a Guido, que acaba de retornar*).— Me parece que hay algunas resoluciones pendientes.

GUIDO.— Varias solicitudes y algunos fallos.

SAN MARTÍN.— Veamos.

GUIDO.— Un prisionero ha pedido gracia con ocasión del día de la Virgen.

SAN MARTÍN.— Ponga que no ha sido poca gracia que librase la vida. . . . (*Guido escribe al pie de un oficio.*)

GUIDO (*tomando otro*).— Expediente seguido a una chacarera por haber hablado contra la patria.

SAN MARTÍN.— Ponga que se la condena a entregar diez docenas de zapallos para el rancho de los soldados. (*Guido escribe.*)

GUIDO.— Expediente contra un espía de Osorio llamado Mateo Alegría, remitido a la cárcel de San Luis.

SAN MARTÍN.— Merecería la pena de muerte. . . . Pero seamos humanos con esa pobre gente que no sabe lo que hace. Escriba usted, (*dictando*): «A Mateo Alegría, cuatro años de obras públicas y que se le exponga a la expectación popular con un rótulo en la frente que diga: «Infieles a la Patria e inde-

centes amigos del tirano Osorio. . . . » Bien, quiero que así escarmienten nuestros ignorantes paisanos y odien tan indigno delito contra su propio país. . . . (*Una campana toca distante. Pausa breve.*)

Pasemos ahora a materias más importantes. Extienda un oficio al Gobierno de Buenos Aires. . . . (*Guido escribe.*) «Excelentísimo señor Director de las Provincias Unidas. . . . Mendoza y Diciembre de 1816. . . . He reflexionado acerca de las importantes indicaciones que tuve el honor de hacer a Vuestra Excelencia en mi nota anterior. . . . »

A medida que San Martín dicta, va cayendo el

TELÓN.

ENTRECUADRO

(*La escena a oscuras.*)

VOZ DEL SERENO.— Las diez han dado y sereno. . . . ¡Viva la Patria! ¡Abajo los maturrangos! . . . Las diez han dado y sereno. . . .

CUADRO VI

LA LOGIA LAUTARO

Sala baja en una casa de los alrededores de Mendoza. En el centro, sobre pequeño estrado, una mesa cubierta con carpeta negra; en ella tres candelabros de tres brazos, una calavera y un puñal. Varias sillas fraileras. Una puerta, a la derecha, cubierta por cortina negra: Es de noche. Ante la mesa se encuentra San Martín, teniendo a O'Higgins a su derecha y al Brigadier Soler a la izquierda. Varios militares de graduación ocupan asiento a derecha e izquierda del estrado.

Escena I

(San Martín, O'Higgins, Soler, Alvarez Condarco, Vigilante y varios hermanos.)

SAN MARTÍN.—Queridos hermanos. En el curso de esta tenida, que es la más importante que hemos celebrado hasta ahora en la muy ilustre Logia Lautaro de Mendoza, voy a daros a conocer un secreto que sólo el hermano O'Higgins ha compartido conmigo. . . (*Expectación.*) Pero debo antes y entre otras cosas, recordar que nuestro plan supremo, que no puede ejecutarse parcialmente porque el objetivo principal de la libertad americana no quedaría conseguido, comporta no sólo la independencia de Chile, que vamos a alcanzar en la próxima campaña, sino también la del Perú. Es preciso llevar nuestra espada emancipadora al corazón mismo de la resistencia enemiga, que sin eso nada definitivo se habrá conseguido. Tal es el pensamiento de todos los hermanos, según creo. Y este plan, cuyas dificultades inmensas todos conocemos bien, porque somos soldados, ha sido fijado por mí desde los tiempos

en que tuve el honor de desempeñar el cargo de general en jefe del Ejército del Norte. Me dí cuenta, entonces, que en las fronteras del Alto Perú sólo cabía hacer guerra de zapa y de guerrillas, para lo cual el valiente Güemes, a quien llaman el León de Salta, estaba más indicado que yo. Por eso dimítí mi cargo y pedí me designaran Gobernador - Intendente de Cuyo, porque sólo en Mendoza, cerca de Chile, estaba el verdadero campo de acción. He aquí un documento que prueba mi aserto. Es la copia de una carta mía al hermano Rodríguez Peña, escrita en 1813. Ruego al hermano Soler se sirva dar lectura al párrafo tarjado. (*Le pasa un papel.*)

SOLER (*leyendo*).— «Ya le he dicho a usted mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos, para acabar también con los anarquistas que reinan; aliando las fuerzas pasaremos por mar a tomar Lima; ese es el camino y no éste, mi amigo. Convénzase usted, que hasta que no estemos sobre Lima la guerra no se acabará.»

SAN MARTÍN.— Gracias, hermano. Como ustedes ven, aquí se habla ya de la futura alianza argentino - chilena, cuya formación es indispensable para que logremos la libertad de América.

O'HIGGINS.— Venerable hermano, ¿permitís?

SAN MARTÍN.— Puede hablar el hermano O'Higgins.

O'HIGGINS.— Comparto vuestro pensamiento desde que lo conocí, venerable hermano. Siempre he creído, desde que me inicié con Miranda en las logias de la Revolución, que sin destruir al enemigo en su fortaleza principal, en el corazón de su fuerza, que es Lima, no podría cimentarse nuestra cruzada. Habéis hablado de la futura alianza chileno - argentina y yo, en nombre de mi patria, puedo aseguraros que nada deseamos tanto como establecer entre nuestros pueblos una eterna alianza. (*Aplausos*). Venerable hermano: podéis contar con Chile y conmigo.

SAN MARTÍN.— Os agradezco desde lo hondo de mi corazón, amado compañero y hermano, vuestra promesa noble. América os la agradecerá en su hora. (*Aplausos*.)

SOLER.— Venerable hermano, debemos proceder a la iniciación de un profano, cuyo nombre ha sido aceptado por la Logia.

SAN MARTÍN.— Bien, hermano Soler. Que el Vigilante vea si continuamos a cubierto.

(*El Vigilante saluda y sale. Breve pausa.*)

VIGILANTE (*reapareciendo*).— Los hermanos se hallan a cubierto.

SAN MARTÍN.— El Vigilante puede introducir al profano con el ceremonial acostumbrado. (*Mutis Vigilante.*)

(*Pausa corta. Se sienten tres golpes acompasados y sonoros en la puerta.*)

SAN MARTÍN.— ¿Quién golpea las puertas de esta Logia?

VIGILANTE (*afuera*).— Un profano solicita el favor de ser admitido en su seno.

SAN MARTÍN.— ¿Cómo se llama ese profano?

VIGILANTE (*afuera*).— Dice llamarse José Antonio Alvarez Condarco.

SAN MARTÍN.— ¿Qué profesión tiene?

VIGILANTE (*afuera*).— Ayudante del General San Martín.

SAN MARTÍN.— ¿Los papeles están en regla?

VIGILANTE (*afuera*).— Sí, venerable hermano.

SAN MARTÍN.— Conducirlo a nuestra presencia. (*Se levanta la cortina y aparece Alvarez Condarco en gran uniforme, con la vista vendada. El Vigilante lo guía frente a la mesa.*)

Escena I I

(Dichos y Alvarez Condarco.)

SAN MARTÍN.— Vuestra solicitud ha sido aprobada. Vuestros antecedentes son honrosos y el propio General en jefe ha querido apadrinaros. Pero antes de recibirlos definitivamente en nuestro seno, debéis contestar algunas preguntas. ¿Estáis dispuesto a hacerlo?

ALVAREZ CONDARCO.— Estoy dispuesto, señor.

SAN MARTÍN.— ¿Qué amáis por sobre todas las cosas de la vida?

ALVAREZ CONDARCO.— La patria.

SAN MARTÍN.— ¿Qué ambicionáis para ella?

ALVAREZ CONDARCO.— La libertad.

SAN MARTÍN.— ¿A qué estáis dispuesto para obtenerla?

ALVAREZ CONDARCO.— A morir.

SAN MARTÍN.— Vuestras respuestas son satisfactorias. La ilustre Logia de los libertadores americanos que se honra bajo

la advocación del chileno Lautaro, os admite en su seno. ¿Estáis pronto a prestar el juramento de ordenanza?

ALVAREZ CONDARCO.— Sí, señor.

SAN MARTÍN.— De pie, hermanos. (*Todos se ponen de pie y forman en círculo alrededor de San Martín y de Alvarez Condarco.*) Desnudad vuestras espadas y formad la bóveda de acero. (*Todos desnudan sus espadas, formando bóveda sobre los dos personajes. A Alvarez Condarco.*) Repetid conmigo, hermano: Ante el Gran Arquitecto del Universo.

ALVAREZ CONDARCO.— Ante el Gran Arquitecto del Universo.

SAN MARTÍN.— Juro yo, José Antonio Alvarez Condarco. . .

ALVAREZ CONDARCO.— Juro yo, José Antonio Alvarez Condarco.

SAN MARTÍN.— Consagrar todo mi amor a la patria y todas mis fuerzas a servirla.

ALVAREZ CONDARCO.— Consagrar todo mi amor a la patria y todas mis fuerzas a servirla.

SAN MARTÍN.— Estoy dispuesto a dar la vida.

ALVAREZ CONDARCO.— Estoy dispuesto a dar la vida.

SAN MARTÍN.— En defensa de la libertad de América.

ALVAREZ CONDARCO.— En defensa de la libertad de América.

SAN MARTÍN.— Que la luz descienda sobre nuestro nuevo hermano. (*Soler le quita la venda. Al neófito asombrado, señalándole los circunstantes.*) He ahí a vuestros hermanos, a quienes debéis fraternidad y ayuda en todos los peligros. (*Señalándole la calavera y el puñal.*) Y ahí está el puñal que cortará vuestra vida si sois perjuro al juramento hecho y si reveláis una sola palabra de lo tratado en la logia, pues toda indiscreción será penada con la muerte.

ALVAREZ CONDARCO.— He jurado.

SAN MARTÍN.— Voy a daros el triple abrazo prescrito por el reglamento secreto. ¡A mí, hermanos! Rehaced la bóveda de acero. (*Todos forman arco con las espadas sobre ambos. Abrazándolo tres veces. Primero y tercero a la izquierda y segundo a la derecha.*) ¡Patria! ¡Revolución! ¡Libertad!

O'HIGGINS.— Un abrazo, Alvarez.

ALVAREZ CONDARCO.— Gracias, mi general.

(*Varios lo abrazan. Pausa breve.*)

SAN MARTÍN.— Tomad asiento entre los nuestros, hermano Alvarez Condarco. Vamos a reanudar nuestra tarea. En la tenida del Sábado último se agotó el debate sobre la designación del hermano que deberá hacerse cargo del mando supremo de Chile, después de su liberación. Algunos compañeros, y muy en especial el ilustre y benemérito hermano O'Higgins, aquí presente, quisieron confiarme la responsabilidad de ese alto cargo, pero las razones de carácter político aducidas por mí, si no me equivoco, llevaron al convencimiento de todos de lo improcedente de mi designación. En consecuencia y eliminado yo definitivamente, pido que cada cual escriba en un trozo de papel el nombre del hermano que deberá asumir el supremo gobierno de Chile. El secretario recogerá la votación. (*Soler reparte las hojas de papel. Todos escriben un nombre y la van depositando en la mesa. Pausa. San Martín las examina a medida que se reciben.*) Resultado de la votación: por el hermano O'Higgins, trece votos; por el hermano San Martín, uno. Queda consagrado como futuro Director de Chile el General O'Higgins. (*Aplausos.*)

O'HIGGINS.— Desde lo hondo de mi corazón agradezco a los queridos y buenos hermanos el honor muy alto que acaban de dispensarme y prometo solemnemente que durante el tiempo de mi desempeño he de ser digno de la Logia Lautaro, sirviendo con todo mi amor y con una profunda e inquebrantable fe los ideales de la patria, de la democracia y de la libertad de América.

SAN MARTÍN.— Ha llegado el momento de revelaros el secreto que os anuncié al comienzo. Dentro de dos días el Ejército Libertador emprenderá el camino de Chile. (*Entusiasmo ruidoso. Todos aplauden.*) Hermanos, nuestra gran tarea va a comenzar. Tengamos fe, tengamos voluntad y sobre todo tengamos paciencia, y el triunfo más espléndido coronará nuestros esfuerzos. En nombre de América libre clausuro esta tenida de la Logia Lautaro. ¡Que Dios y la Patria sean con nosotros!

VOCES (*en coro*).— ¡Así sea!

TELÓN.

ACTO TERCERO

LAS CAMPAÑAS DE CHILE

CUADRO VII

EL PASO DE LOS ANDES

Un sendero en las altas cumbres de los Andes, en medio de los macizos cubiertos de nieve eterna. Sopla un viento poderoso y el sol arranca de la nieve alegres reflejos dorados. Es en el verano de 1817. Al alzarse el telón la escena estará desierta. Resuena un clarín, cuyos ecos se prolongan en la montaña. Comienzan a desfilar lentamente las tropas, envueltos los soldados en mantas espesas, a pie, caballeros los jefes en mulas cordilleranas. Pasan las banderas desplegadas al viento, las cureñas empujadas por hombres, las impedimentas....

San Martín y O'Higgins, puestas las capas, montados en sus cabalgaduras de guerra, pasan con majestuosa lentitud. En el centro, junto a una meseta desde la cual se percibe el panorama espléndido de la montaña, se detienen. Parecen charlar, animados de fe profunda, en éxtasis del paisaje y en presentimiento del destino que los aguarda....

Y sobre el desfile glorioso cae lentamente el

TELÓN.

ENTRECUADRO

VOZ DE UN SERENO (*que pasa en la noche.*)—¡Ave María Purísima!.... Las nueve han dado y sereno.... ¡Ave María Purísima!....

CUADRO VIII

ANTES DE CHACABUCO

Salón en el palacio de los gobernadores de Chile, en la Plaza de Armas de Santiago. Gran espejo dorado, cornucopias, muebles de los tiempos del rey Carlos III. Junto a una ventana una bandera realista. Es de noche, a comienzos de Febrero de 1817. En las chimeneas y sobre las mesas arden candelabros.

Escena I

(El Auditor de Guerra, la Marquesa de Casa Real, Fray Domingo, el señor Secretario.)

LA MARQUESA DE CASA REAL.— *(Vieja dama de peluca empolvada).*— Han sido largos los manteles de esta noche. . . .

AUDITOR DE GUERRA.— Y eso que no están los tiempos para mucha sobremesa.

EL SEÑOR SECRETARIO.— Sólo han dado las nueve, señora marquesa.

FRAY DOMINGO *(de la orden dominicana).*— Después de un día de tanta inquietud, viene bien un poco de solaz. Hay que ser tolerantes. . . .

LA MARQUESA DE CASA REAL.— Dicen que los buenos consejos duermen en el fondo de las copas. . . .

FRAY DOMINGO.— Su excelencia es hombre de mucha sobriedad, mi señora marquesa.

AUDITOR DE GUERRA.— Y conviene; que los tiempos andan revueltos.

LA MARQUESA DE CASA REAL.— Con tanto condenado,

hereje y rebelde cómo anda suelto por esas calles. . . . ¡Qué hoguera haría con todos ellos!

EL SEÑOR SECRETARIO.— Su excelencia el señor Presidente es muy enérgico, afortunadamente. A nadie teme; todos le tiemblan. . . .

LA MARQUESA DE CASA REAL.— ¿Todos?

EL SEÑOR SECRETARIO.— Las gentes decentes, mi señora; las personas de orden.

LA MARQUESA DE CASA REAL.— Con tal que temblaran los pícaros revolucionarios, que Dios confunda. . . .

FRAY DOMINGO.— Temblarán, señora, temblarán. El gobierno alzaré su brazo con todo rigor, y ay del que no sea fiel a su majestad cristianísima.

EL SEÑOR SECRETARIO.— Dicen que el principal corruptor es un gringo renegado. Un tal Voltaire. (*Pronuncia literalmente.*)

LA MARQUESA DE CASA REAL.— Maldito sea él y toda su casta.

Escena II

(*Dichos, Ujier, el Obispo de Santiago.*)

(*Ruido en la puerta. Abrese y un ujier de calzón corto, con un candelabro en la mano, anuncia con voz sonora.*)

UJIER.— El señor Obispo. (*Mutis.*)

LA MARQUESA DE CASA REAL (*precipitándose al encuentro del prelado, que avanza con gran majestad.*).— ¡Monseñor! . . . La bendición, monseñor. . . . (*Le besa la mano, incándose.*)

AUDITOR DE GUERRA.— El señor Obispo a estas horas? (*Id.*)

EL SEÑOR SECRETARIO.— Tenga la bondad de pasar, monseñor. (*Id.*)

(*Fray Domingo le acerca un sillón, haciéndole una reverencia profunda. Monseñor bendice a los circunstantes antes de sentarse.*)

EL OBISPO DE SANTIAGO.— Los rumores que corren por la ciudad me traían inquieto; quise saber las noticias de palacio, que sin duda serán tranquilizadoras. . . .

EL SEÑOR SECRETARIO.— ¿Y qué dice la gente, monseñor?

EL OBISPO DE SANTIAGO.— Que los revolucionarios han

pasado la cordillera y avanzan sobre nuestra piadosa capital.

AUDITOR DE GUERRA.—Que ha salido una expedición de Mendoza, no cabe duda; pero se han tomado todas las precauciones y hay tropas en los boquetes principales.

EL SEÑOR SECRETARIO.—El ejército de su majestad dará buena cuenta de esos pillos.

AUDITOR DE GUERRA.—Cierto es que ese San Martín es hombre peligroso; muy audaz y con no poca ciencia estratégica.

LA MARQUESA DE CASA REAL.—En cuanto a ese O'Higgins.

EL OBISPO DE SANTIAGO.—Dios los perdone.

LA MARQUESA DE CASA REAL.—Y los confunda. Dicen que esos foragidos de revolucionarios no dejan piedra sobre piedra; queman las iglesias; violan a las doncellas; ponen contribuciones; se reparten las casas de los ricos; persiguen a la gente decente; asaltan, roban, matan. No hay cristiano que quede con cabeza.

EL OBISPO DE SANTIAGO.—Tengamos fe, señora marquesa.

LA MARQUESA DE CASA REAL.—Dicen que en Buenos Aires y en Mendoza no queda ningún templo en pie. A las devotas las azotan en las plazas, ¡y en qué parte, monseñor!

Escena III

(Dichos, don Casimiro Marcó del Pont, el Oidor Navarro el Oidor Ocampo.)

(El ujier abre la puerta y acompaña con su candelabro, precediendo al Gobernador de Chile don Francisco Casimiro Marcó del Pont, a quien siguen los oidores Navarro y Ocampo, todos de peluca y etiqueta.)

MARCÓ DEL PONT (*hombre de buena presencia, algo afeminado de aspecto; vestido con rebuscada elegancia, la banda de Carlos III en el pecho y numerosas placas y medallas; en la mano derecha un pañuelo de encajes que agita al hablar y se lleva constantemente a las narices y en la izquierda un bastón con puño de oro.*)—Buenas noches, señores. (*Todos se inclinan.*) Qué honra, señor Obispo, y a estas horas! (*Le besa la mano.*)

EL OBISPO DE SANTIAGO.—Estaba un poco inquieto, excelencia.

AUDITOR DE GUERRA.— A causa de los rumores callejeros, señor.

MARCÓ DEL PONT.— Cosas de la canalla, monseñor. No hay por qué inquietarse. Yo estoy muy tranquilo.

LA MARQUESA DE CASA REAL.— Y con muy buen apetito.

MARCÓ DEL PONT.— Eso sí; el apetito no lo pierdo nunca, a Dios gracias.

EL OBISPO DE SANTIAGO.— Celebro tan buenas noticias.

OIDOR OCAMPO.— Son de la mejor fuente, monseñor.

MARCÓ DEL PONT.— El ejército dará cuenta de la canalla revolucionaria en unas pocas horas. Me río yo de los porteños de Buenos Aires y de esos chilenos de Mendoza que no tienen donde caerse muertos. (*Majestuoso.*) ¡Qué vengan!.... ¡qué vengan!....

OIDOR NAVARRO.— Cierto que ese San Martín.

LA MARQUESA DE CASA REAL.— Y ese O'Higgins.

MARCÓ DEL PONT.— Bien me río de todos ellos. ¿San Martín?.... Ja, Ja.... ¿O'Higgins?.... ¡Ja, Ja, Ja....!

OIDOR OCAMPO.— Como ustedes ven, su excelencia se ríe.

EL OBISPO DE SANTIAGO.— Celebro el optimismo de su excelencia en favor de la buena causa.

MARCÓ DEL PONT.— A ese señor San Martín le mandé decir con un parlamentario suyo, a quien estuve tentado de mandar fusilar, que los buenos decretos se firmaban con mano blanca, como la mía (*mostrándola*), no con la suya, que es negra. ¡ja, ja! (*Todos celebran.*)

Escena I V

(*Dichos, Ujier y San Bruno.*)

UJIER.— El Capitán San Bruno pide permiso para hablar con su excelencia.

MARCÓ DEL PONT.— ¿San Bruno? ¡Que pase!, ¡que pase!
(*Expectación. El ujier se retira y aparece casi inmediatamente el Capitán San Bruno, hombre corpulento, de grandes bigotes y ademán resuelto.*)

SAN BRUNO.— Perdóneme, su excelencia, que venga a molestarlo a estas horas.

MARCÓ DEL PONT (*inquieto*).— ¿Hay peligro?.... ¿Se han recibido noticias inquietantes?....

SAN BRUNO.— Nó, excelencia. Todo marcha a pedir de

boca, pero como mi compañía debe salir de Santiago, he juzgado conveniente preguntar qué hago con los dos revolucionarios que tenemos en la cárcel, pues se trata de individuos peligrosos.

MARCÓ DEL PONT (*agitando su pañuelo con coquetería*).— ¡Que los fusilen, San Bruno, que los fusilen!

SAN BRUNO.— Se hará como manda su excelencia.

MARCÓ DEL PONT.— Pero bien confesados, eso sí. Fray Domingo puede encargarse del último pasaporte.

FRAY DOMINGO.— Si su excelencia lo desea.....

MARCÓ DEL PONT.— Pediremos a monseñor que rece una novena solemne a Nuestra Señora del Rosario. (*El Obispo asiente*). Y Fray Domingo ofrecerá un triduo a las benditas ánimas del Purgatorio. (*Asentimiento de Fray Domingo*.)

AUDITOR DE GUERRA (*a media voz*).— Su excelencia se defiende con oraciones..... ¡Tanta es la fuerza de la buena causa!

MARCÓ DEL PONT (*a San Bruno*).— ¿Y quién quedará al cuidado del orden?

SAN BRUNO.— Se han tomado todas las precauciones y puede estar muy tranquilo su excelencia. En caso de necesidad regresaría yo de un solo galope.

MARCÓ DEL PONT.— Gracias, San Bruno. No me olvidaré de recomendar sus meritorios servicios al gobierno de Su Majestad. Puede retirarse. (*San Bruno saluda militarmente y se retira*.)

Escena V

(*Dichos, menos San Bruno*.)

MARCÓ DEL PONT.— Como ustedes ven, San Bruno es hombre de mérito.

OIDOR OCAMPO.— Utilísimo, excelencia.

OIDOR NAVARRO.— Hace honor a los Talaveras.

MARCÓ DEL PONT (*al secretario*).— Ortega, toque la campanilla.

EL SEÑOR SECRETARIO (*sacando una campanilla de su casa*).— Sí, excelencia (*la toca*).

UJIER (*en la puerta*).— ¿Mandaba, su excelencia?

MARCÓ DEL PONT.— ¡Qué quemem un poco de perfume!

TELÓN.

ENTRECUADRO

(La escena a oscuras. Siéntese galope de caballos que se aproximan, alejándose en seguida; ruido de cañón lejano.)

UNA VOZ (*próxima y sonora*).— ¡Chile es libre!

SEGUNDA VOZ (*más distante*).— ¡Chile es libre!

TERCERA VOZ (*más distante*).— ¡Chile es libre!

CUADRO IX
DESPUES DE CHACABUCO

En el palacio de los Gobernadores de Chile: decoración del cuadro VIII. Ha desaparecido la bandera realista y en su lugar hay otras dos: el estandarte chileno de la Patria Vieja y el del Ejército de los Andes. En la tarde del 13 de Febrero de 1817.

Escena I

(San Martín, O'Higgins, jefes y oficiales del Ejército Unido.)

(San Martín y O'Higgins, en el centro del salón, se hallan rodeados de varios jefes y oficiales del Ejército Unido.)

SAN MARTÍN.— Tal ha sido, señores, el desarrollo completo de la batalla que ha puesto término en Chacabuco a las cadenas de Chile.

O'HIGGINS.— Eternamente recordarán los chilenos esta batalla de Chacabuco.

SAN MARTÍN.— Y la recordarán especialmente porque la decidió el denuedo y el arrojo del General O'Higgins, cuya magnífica carga hubo de quebrantar la resistencia enemiga.

O'HIGGINS.— Señores, sin San Martín Chile no estaría libre.

Escena II

(Dichos, Oficial 1.º, luego Marcó del Pont.)

OFICIAL 1.º *(en la puerta)*.— El General Marcó del Pont se encuentra en la antecámara y solicita audiencia.

SAN MARTÍN.— Que entre.

(*Aparece Marcó del Pont con las ropas en desaliño y polvorientas. No lleva pañuelo ni bastón y sobre sus hombros han caído muchos años.*)

OFICIAL 1.º— El ex - Gobernador y Capitán General don Francisco Casimiro Marcó del Pont.

UNA VOZ.— Ex - tirano del ex - reino de Chile.

SAN MARTÍN (*adelantándose a su encuentro con cortesía*).— Venga esa mano blanca, señor general.

MARCÓ DEL PONT.— Ya que la suerte no ha acompañado esta vez a las armas de Su Majestad, deseo hacer entrega de mi espada al general vencedor. (*Ofreciéndole un lujoso espadín dorado.*)

SAN MARTÍN.— Téngala vuestra excelencia, que en ninguna otra mano puede ofenderme menos.

MARCÓ DEL PONT.— Gracias, señor General.

SAN MARTÍN.— Tenga la bondad de pasar al salón vecino que allí tendremos luego el honor de atenderlo el General O'Higgins y yo. (*Marcó del Pont hace un saludo y San Martín lo encamina. Pausa ligera.*)

O'HIGGINS.— Si él nos hubiese vencido, no nos habría tratado así seguramente.

SAN MARTÍN (*tornando al grupo*).— ¡Pobre hombre! Los soldados que lo buscaban, lo encontraron deshecho de angustia y de miedo, en un campo cercano al mar. Hasta en la fuga le ha vuelto la espalda la fortuna.

Escena III

(*Dichos, el Padre Larraín, don Francisco Ramón de Vicuña; varias delegaciones.*)

O'HIGGINS (*a un grupo de oficiales*).— Adelante, señores oficiales; pasen ustedes.

OFICIAL 1.º— Una delegación de sacerdotes patriotas.

O'HIGGINS.— Introdúzcala.

(*Penetran varios sacerdotes, precedidos de uno joven, de aspecto vigoroso.*)

SAN MARTÍN.— Sean bien venidos los ministros de la Iglesia.

PADRE LARRAÍN.— Señores generales, señores jefes y oficiales del Ejército Libertador, viene hasta vosotros esta dele-

gación de modestos sacerdotes que aman a su patria y la han servido en los días de adversidad. Quieren ellos manifestaros, por mi boca, que los verdaderos ministros del Altísimo son patriotas y sirven al pueblo. Aceptad nuestra humilde y sincera adhesión.

O'HIGGINS.— Como chileno acepto y agradezco el apoyo que ustedes nos ofrecen.

SAN MARTÍN.— Y en mi calidad de general en jefe, me es grato manifestarles que los sacerdotes que sirvan nuestra causa sagrada contarán siempre con el respeto y la simpatía del gobierno libre.

PADRE LARRAÍN.— Gracias, señor. No lo olvidaremos.

OFICIAL 1.º— Una delegación de patriotas presidida por don Francisco Ramón de Vicuña.

SAN MARTÍN.— Que entre esa delegación.

O'HIGGINS (*saliendo al encuentro de Vicuña, a quien sigue un grupo de civiles de diversas categorías sociales*).— Bien venidos sean usted y sus dignos compañeros, señor don Francisco Ramón.

DON FRANCISCO RAMÓN DE VICUÑA.— Permítame el honor de estrechar su mano. (*A San Martín*). Y la suya, mi general, a la que tanto debe la patria. En nombre de mis compañeros, hombres de todas las clases sociales, unidos en la grandeza de un sentimiento común de amor a la libertad, ofrezco al futuro gobierno nacional toda nuestra adhesión ardiente y al ejército que ha venido a libertarnos toda nuestra gratitud. Que sepa el pueblo de Buenos Aires que nunca olvidaremos su ayuda fraternal.

SAN MARTÍN.— Ese noble mensaje será transmitido al pueblo argentino.

(*Siéntese, afuera, rumor de muchedumbre embravecida que pasa.*)

O'HIGGINS.— ¿Qué ocurre? ¿Ha estallado algún motín?

OFICIAL 1.º— Mi general: es una poblada que arrastra al capitán San Bruno en un saco. Lo llevan a ahorcar.

UNA VOZ.— Era un verdugo execrable.

O'HIGGINS.— El pueblo suele ser terrible en sus venganzas.

(*El ruido se aleja.*)

OFICIAL 1.º— Una delegación del Cabildo. Una delegación de comerciantes.

(*Entran las comisiones y nuevos oficiales y jefes.*)

SAN MARTÍN.— Señores delegados, señores jefes y oficiales. Tengo el honor de anunciarles que hoy queda constituido el gobierno del Estado Libre de Chile, el cual se regirá por el excelentísimo señor general Bernardo O'Higgins, quien asume desde este momento el cargo de Director Supremo. (*Todos aplauden.*)

O'HIGGINS.— Y al aceptar la pesada responsabilidad de dirigir el gobierno de mi patria, que el excelentísimo libertador José de San Martín ha rehusado con tan noble como delicada insistencia, mi primer paso sea el de dar al General San Martín el título de Capitán General de los Ejércitos de Chile.

SAN MARTÍN.— Ruego el señor Director Supremo y a quienes han de acompañarlo en su gobierno, no me otorguen otro honor que el de permitir que continúe al servicio de la libertad. Mientras haya en América pueblos encadenados y pisen su suelo fuerzas enemigas, mi espada ha de permanecer en alto.

UNA VOZ.— Empuñemos los estandartes de la libertad y con las manos apretadas cantemos en honor del General San Martín el himno de las Provincias Unidas.

(*Grandes aplausos. Traen al centro las banderas y colocan a la derecha de San Martín la chilena de la Patria Vieja y a la izquierda de O'Higgins la argentina del Ejército de los Andes. Un grupo de jefes y oficiales forman cadena alrededor de los dos libertadores y cantan todos, en coro, el himno argentino.*)

TELÓN LENTO

ENTREC U A D R O

(*Por delante del telón pasa un soldado batiendo su tambor, y detrás desfilan otros a paso de marcha. Se oscurece la escena. Escúchase ruido de fusilería, mezclado de vociferaciones.*)

UNA VOZ JOVEN.— ¿Qué pasa? ¿Qué gritos son esos?

UNA VOZ VIEJA.— Los patriotas han sido deshechos en Cancha Rayada. Dicen que fué una sorpresa terrible. Dicen que todas las unidades se dispersaron. . . . Que murió O'Higgins. . . . Que San Martín está prisionero. . . . Dicen. . . .

UNA VOZ JOVEN.— La patria está perdida. . . . ¿Qué haremos nosotros?

UNA VOZ VIEJA.— Yo pienso ofrecer mi calesa al General

Osorio. Escribiré al nuevo gobernador español para presentarle mis respetos. Haga usted otro tanto, mi amigo, que más sabe el diablo por viejo que por diablo.

UNA VOZ JOVEN.— Yo tengo fe. a pesar de todo.

VOZ DE MANUEL RODRÍGUEZ (*dominando los rumores de la muchedumbre*).— ¡Aun tenemos patria, ciudadanos!

CUADRO X

ANTES DE MAIPO

En el palacio directorial de Santiago: decoración del Cuadro IX. En primer término, derecha del actor, una mesa escritorio; sobre ella un candelabro de tres luces que deja en penumbra el fondo de la escena. Una noche de Marzo de 1818.

Escena I

(O'Higgins, Manuel Rodríguez.)

(Ambos, en uniforme de campaña, conversan junto al escritorio.)

MANUEL RODRÍGUEZ.— ¡Aun tenemos patria, ciudadanos!, les dije, y esa frase logró reanimar los ánimos. La llegada de vuestra excelencia y su reasunción del mando supremo ha de poner completo remedio a la anarquía.

O'HIGGINS (*el brazo derecho en cabestrillo*).— La Providencia nos protege, y el desastre de Cancha Rayada resultó de consecuencias menores de las que yo temí en un principio. Fué, en la noche, un disparar de hombres, una fuga desesperada de caballos, algo peor que la muerte misma. Por fortuna Las Heras pudo salvar una división completa y numerosos batallones y cuerpos de las otras divisiones, que condujo al campamento del Molino, donde los soldados dispersos en el sorpresivo ataque van reuniéndose. . . .

MANUEL RODRÍGUEZ.— Esa herida debe molestarle. Pensar que la patria pudo perder a su jefe en esa noche triste de Chile.

O'HIGGINS.— En estas horas de crisis suprema no hay herida que pueda doler.

MANUEL RODRÍGUEZ. — Afortunadamente contamos con el General San Martín.

O'HIGGINS.— Y San Martín hará el milagro que necesita la patria para salvarse. Acabo de designarlo generalísimo del Ejército Unido, entregándole la suma del poder militar.

MANUEL RODRÍGUEZ.— ¿Se le comunicó ya el nombramiento?

O'HIGGINS.— O'Brien, su ayudante, le llevó una carta mía al Molino. San Martín trabaja sin descanso, preparando la próxima batalla que destruirá la nueva expedición de Osorio. ¡No ha de quedar enemigo en nuestra tierra que se atreva a levantar la cabeza!

MANUEL RODRÍGUEZ.— Tenía razón, mi general, cuando aseguré al pueblo de Santiago que aun había patria.

O'HIGGINS.— Y la habrá siempre, grande, poderosa, digna. Nuestros hijos y los nietos de nuestros hijos sabrán continuar esta obra en el tiempo sin término.

MANUEL RODRÍGUEZ.— Puede que los nietos no olviden el nombre de sus abuelos.

(Se siente ruido creciente, afuera; rumor de muchedumbre excitada.)

O'HIGGINS.— Parece que sigue la alarma pública. El pueblo se agita.

MANUEL RODRÍGUEZ.— Voy a informarme. *(Mutis.)*

VOCES *(afuera)*. — ¡Viva San Martín! ¡Queremos a San Martín!

Escena II

(Dichos, O'Brien, San Martín; acompañamiento.)

O'BRIEN *(alto, de hermosa figura marcial)*. — ¡Mi General San Martín! *(Se aparta de la puerta. O'Higgins avanza hacia ella.)*

SAN MARTÍN *(en uniforme de campaña, cubierto de polvo)*. Aquí me tiene, compañero.

O'HIGGINS *(saludándolo con gran cordialidad)*. — Bienvenido sea. Su sola presencia calmará la inquietud del pueblo.

SAN MARTÍN.— Por suerte nos estamos reponiendo con

rapidez de la sorpresa de Cancha Rayada. El desastre será de ellos el día de la próxima batalla.

O'HIGGINS.—Aquí hemos logrado restablecer el orden no sin dificultad.

(Aumentan las voces de la multitud, afuera.)

SAN MARTÍN.—¿Qué ruido es ese, O'Brien?

O'BRIEN.—El pueblo quiere verlo, mi general.

O'HIGGINS.—Muéstrese, compañero. Su presencia tranquiliza aún a los más tímidos.

SAN MARTÍN.—Sé que el enemigo ha propalado las especies más absurdas. Hasta se ha anunciado su muerte.

O'HIGGINS.—Y se ha dicho que el General San Martín estaba prisionero, que los españoles venían a marchas forzadas, a saquear Santiago.

UNA VOZ *(afuera)*. — ¡Queremos a San Martín! ¡Qué salga San Martín! *(Crece el rumor de la multitud.)*

SAN MARTÍN.—Pues que desean verme, que se den gusto. *(Avanza hacia el fondo acompañado de O'Higgins, que sostiene un candelabro. Al abrirse la ventana, se oye una tempestad de gritos. Pausa tumultuosa.)*

UNA VOZ.—Queremos oír a San Martín.

SAN MARTÍN.—«Chilenos: Uno de aquellos acasos que no es dable al hombre evitar, hizo sufrir a nuestro ejército un contraste. Era natural que este golpe inesperado y la incertidumbre os hicieran vacilar; pero ya es tiempo de volver sobre vosotros mismos y observar que el ejército de la patria se sostiene con gloria al frente del enemigo; que nuestros compañeros de armas se reúnen apresuradamente y que son inagotables los recursos del patriotismo. Los tiranos no han avanzado un punto en sus atrincheramientos. Yo dejo en marcha una fuerza de más de cuatro mil hombres, sin contar las milicias. La patria existe y triunfará, y yo empeño mi palabra de honor de dar en breve un día de gloria a la América del Sud.»

(Se escucha una inmensa aclamación. San Martín saluda repetidamente con la mano, agitando su sombrero apuntado.)

O'HIGGINS.—Compatriotas: el supremo gobierno acaba de nombrar general en jefe, con plenos poderes militares, al benemérito San Martín, ¡Confiad en él!

(Nuevas aclamaciones.)

SAN MARTÍN *(a O'Higgins)*.—Ahora, compañeros nos toca conferenciar a nosotros.

O'HIGGINS *(volviéndose a los jefes y oficiales que los ro-*

dean).—Señores, pueden ustedes retirarse a descansar, que la jornada ha sido dura.

(Los jefes y oficiales comienzan a retirarse, luego de saludar militarmente. Pausa. O'Higgins conduce a San Martín junto al escritorio, instalándose frente a frente.)

Escena III

(O'Higgins, San Martín.)

SAN MARTÍN *(desplegando un plano que ha sacado de su guerrera)*.—Voy a exponerle detenidamente mi plan de batalla.

O'HIGGINS.—Esa carta topográfica corresponde sin duda al posible campo de acción.

SAN MARTÍN.—Es un plano que mandé hacer de la región del Maipo. Ahí tiene usted el llano. . . . Las tropas españolas avanzan en dirección a la capital por ese camino. . . . Conozco bien a Osorio y sé que se jugará el todo por el todo en una sola carta. . . . Como usted ve, este terreno nos ofrece considerables ventajas estratégicas. . . .

O'HIGGINS.—Evidentemente. . . . sería una suerte poder batir al enemigo en ese llano. . . .

SAN MARTÍN.—Me propongo emplear el orden oblicuo. . . . Y ya he tomado mis medidas. Vea usted estas instrucciones que voy a impartir a los jefes y oficiales de mi mando: *(Leyendo)* «Cada soldado para batirse llevará cien tiros y diez piedras, la mitad consigo, la otra mitad detrás de su respectivo cuerpo. Antes de entrar en batalla. . . .»

(A medida que San Martín lee va cayendo lentamente el

TELÓN.

ENTRECUADRO

Por delante del telón, iluminada la escena, van pasando hombres y mujeres del pueblo con canastos, envoltorios y críos, arrastrando asnos y pequeñas carretas. Desfilan Granaderos a Caballo y soldados chilenos. . .

Vase obscureciendo la escena a medida que se alejan los últimos soldados y el tambor resuena distante. A oscuras ya, siéntese toque de clarines que ordenan ataque; luego truena el cañón y la fusilería, mientras los caballos galopan. . .

CUADRO XI

LA BATALLA DE MAIPO

Una colina que domina el valle. A la izquierda unas tapias, detrás de las cuales se alzan las aspas voltigeantes del Molino de Lo Espejo. Es media tarde y el sol ilumina gloriosamente el paisaje, agitado por un clima de batalla.

Escena I

(San Martín, Balcarce; luego O'Brien y otros ayudantes.)

(San Martín, a la derecha, a caballo, tiene un catalejo en la mano y escruta el campo. Ruido de fusilería y cañonazos espaciados.)

BALCARCE *(acercándose a San Martín)*. — La batalla es nuestra, general. La izquierda está completamente vencida y la derecha cede por completo.

SAN MARTÍN. — La artillería de Blanco Encalada ha hecho estragos en el enemigo. Muy bien la carga de caballería. . . . ¿Es Quintana?

BALCARCE. — Sí, general.

SAN MARTÍN. — ¡Hermosa carga! . . . Bien decía que al regimiento Burgos había que cargarle la mano, por ser la esperanza del enemigo. . . . Muy bien, Balcarce. . . . Esos muchachos están afianzando la victoria.

(Pausa ligera. Una racha de viento trae confuso vocerío en el que se distinguen gritos de ¡Viva el Rey!, dominados por los de ¡Viva la Patria! O'Brien, a caballo, se acerca a San Martín.)

SAN MARTÍN. — ¿Qué hay O'Brien?

O'BRIEN *(agitado por la carrera)*. — ¡Victoria, mi general, victoria! El Burgos se encuentra completamente deshecho. . .

SAN MARTÍN.— Esos buenos soldados, cuya bravura ví cerca en Bailén, decían siempre «Diez y ocho batallas ganadas, ninguna perdida!»

BALCARCE.— Esta derrota vale por todas sus victorias. . . .

SAN MARTÍN.— Es justo, Balcarce. Mientras esos muchachos defendían la independencia de su tierra, vencieron siempre. Ahora que nosotros defendemos la nuestra, vencemos nosotros.

UN SOLDADO (*llega corriendo hacia San Martín con una bandera en la mano*).— ¡La bandera del Burgos, mi general!

SAN MARTÍN.— Gracias, muchacho. Parece que quienes la defendían han muerto todos.

UN SOLDADO.— Todos, mi general.

SAN MARTÍN.— Es la dura ley de la guerra. (*Volviéndose a los oficiales y jefes que comienzan a llegar*.) Hemos vencido. Señores, bien os dije que la jornada sería nuestra. (*Señalando el horizonte con la mano*.) ¡El sol por testigo!

BALCARCE.— Me dicen que han muerto o se han rendido centenares de enemigos.

SAN MARTÍN.— Que sea esta batalla la última que se libre en tierra chilena. O'Brien, una hoja de papel y un lápiz.

O'BRIEN.— Bien, mi general. (*Le pasa lápiz y un trozo de papel que recoge del suelo*.)

SAN MARTÍN.— En este trozo de papel manchado de sangre, escribiré mi parte oficial al Gobierno de Chile. (*Escribe*.) «Acabamos de ganar completamente la acción. Nuestra caballería los persigue hasta concluirlos. La patria es libre. Lo Espejo, 5 de Abril de 1818.» (*Pasa el papel a O'Brien*.) A caballo, O'Brien, a caballo y que ese papel vaya en el acto a Santiago.

O'BRIEN.— Sí, mi general. (*Monta y se aleja*.)

Escena I I

(*Dichos, O'Higgins y acompañamiento*.)

UN OFICIAL.— El General O'Higgins se aproxima.

BALCARCE.— ¿No está herido?

SAN MARTÍN.— Ahí viene en verdad. Lo acompañan cadetes, veteranos y pueblo. ¡Toda la patria en armas!

(*Pausa breve. O'Higgins avanza, a caballo, el brazo dere-*

cho en cabestrillo y en el otro el sombrero apuntado, los ojos exultantes.)

O'HIGGINS (*aproximándose a San Martín, quien sale a su encuentro con la cabeza descubierta.*)— ¡Gloria al salvador de Chile!

SAN MARTÍN.— ¡Gloria al primer ciudadano de la República chilena!

(*Ambos se abrazan con honda emoción.*)

BALCARCE (*a otro jefe, señalando el grupo.*)— Este abrazo no lo olvidará la historia.

TELÓN.

ACTO CUARTO

SAN MARTIN EN EL PERU

CUADRO XII

LA EXPEDICION LIBERTADORA

La bahía de Valparaíso en la mañana del 20 de Agosto de 1820. Ven-se en el mar, intensamente azul y luminoso, cabrilleante de sol, las naves de la Expedición Libertadora, con las velas desplegadas.....

Escena I

(Zenteno, O'Brien.)

(Pasan hombres y mujeres con aire de fiesta, admirando el soberbio espectáculo que ofrece la bahía. Zenteno, Gobernador de Valparaíso, y O'Brien, ayudante de San Martín, contemplan la escuadra.)

ZENTENO.— El Director Supremo ha cumplido su palabra. El milagro de la Expedición Libertadora está realizado.

O'BRIEN.— Y con algún sacrificio, querido Gobernador.

ZENTENO.— El país queda arruinado. Para formar la escuadra chilena ha sido preciso al General O'Higgins poner en saco las arcas fiscales, imponer contribuciones a moros y cristianos, aflojar las bolsas herméticas de los ricos, que no es milagro menor, y ablandar hasta las conciencias más endurecidas.

O'BRIEN.— San Martín ha cumplido, por su parte, con lo que le concernía. Es admirable su gesto de renunciar el comando en jefe del ejército expedicionario, con lo que sus propios oficiales lo eligieron por general. De este modo no dependerá

ya del Gobierno de Buenos Aires, sacudido por las facciones políticas, sino del Gobierno de Chile.

ZENTENO.—O'Higgins le ha designado generalísimo del Ejército Libertador; imposible mayor acierto.

O'BRIEN.— Debemos hacer votos porque se entienda bien con el Lord Cochrane, a quien el Director de Chile se ha servido designar almirante de la escuadra.

ZENTENO.— No nos alarmemos, mi querido O'Brien. Los grandes hombres se entienden siempre.

O'BRIEN.— ¡Qué par de hombres para la hazaña que deben cumplir!

ZENTENO.— Y la cumplirán, a fe de Zenteno. La cumplirán.

(Oyense vivas entusiastas en la multitud, que abre paso a O'Higgins, San Martín, Cochrane y Blanco Encalada, vestidos todos de gran uniforme. O'Higgins lleva la banda directorial en el pecho. Zenteno y O'Brien se funden en el grupo.)

Escena II

(Dichos, O'Higgins, San Martín, Cochrane y Blanco Encalada.)

O'HIGGINS.— Estoy profundamente satisfecho. En mi vida sentí tanta alegría.

SAN MARTÍN.— No es para menos, compañero. La escuadra chilena constituye un verdadero milagro.

BLANCO ENCALADA.— La revista ha estado famosa.

O'HIGGINS *(a Cochrane)*.— Confío, almirante, en que usted realizará en las costas del Perú hazañas que sean dignas de su fama.

LORD COCHRANE.— Lord Cochrane, excelencia, siempre hizo honor a su palabra.

SAN MARTÍN.— Yo espero que nos entenderemos bien, almirante.

LORD COCHRANE.— Usted es el generalísimo y yo me ceñiré a mis instrucciones.

SAN MARTÍN.— Ambos haremos lo que nos sea posible.

BLANCO ENCALADA.— ¡Qué soberbio espectáculo! En toda mi vida de marino he visto nada semejante.

SAN MARTÍN.— Partiremos con el mejor augurio, en el día de San Bernardo.

O'HIGGINS.— Yo le acompañaré a bordo, general. Quiero sentir, una vez más, la grandeza de nuestras armas.

SAN MARTÍN.— Que los maturrangos tiemblen, porque se acerca la libertad.

O'HIGGINS.— La Patria confía sus destinos al General San Martín y al Almirante Cochrané. (*Señalando las naves.*) ¡No olvidemos que de esas cuatro tablas penden los destinos de la América!

(*De la Escuadra llegan aires marciales tocados por las bandadas y cae lento el*

TELÓN.

ENTRECUADRO

Telón corto con un zócalo de dos metros, abajo. En lo alto se lee:

«La escuadra que conduce la Expedición Libertadora del Perú está compuesta por los siguientes navíos:

«San Martín», 1.300 toneladas y 64 cañones. «O'Higgins», 1.200 toneladas y 44 cañones. «Lautaro», 850 toneladas y 46 cañones. «Independencia», 380 toneladas y 28 cañones. «Galvarino», 318 toneladas y 18 cañones. «Araucano», 270 toneladas y 16 cañones. «Pueyrredón», 220 toneladas y 16 cañones. «Moctezuma», 200 toneladas y 7 cañones. Y los transportes: «Dolores», «Gaditana», «Consecuencia», «Emprendedor», «Santa Rosa», «Aguila», «Mackenna», «Perla», «Jerezana», «Peruana», «Golondrina», «Minerva», «Libertad», «Argentina», «Hércules» y «Potrillo».

Pasan, por delante del telón y bajo el zócalo, marineros y soldados, con las armas al hombro. Pausa.

Cámbiase la tela superior por otra en que se lee:

«La Libertad, hija del cielo, va a descender sobre vuestras hermosas regiones; y a su sombra llegaréis a ocupar entre las naciones del globo el alto rango que os destina vuestra opulencia. La escuadra chilena, que tenéis a la vista de vuestros puertos, sólo es la precursora de la grande expedición que va a fijar vuestra independencia...

«¿Qué aguardáis pues, peruanos? Apresuraos a romper vuestras cadenas: venid a firmar sobre la tumba de Tupac Amaru y Numacahua, de estos ilustres muertos de la libertad, el contrato

que ha de asegurar vuestra independencia y nuestra eterna amistad.

(BERNARDO O'HIGGINS.
Proclama a los habitantes del Perú.)

Continúan desfilando marineros y soldados...

Cámbiase de nuevo la tela superior por otra en que se lee:

«He dado a conocer el objeto de mi misión: vengo para satisfacer la espera de todos aquellos que deseen la libertad del país que les dió a luz y ser gobernados por sus propias leyes.

JOSÉ DE SAN MARTÍN.
(Proclama a los Peruanos.)

Continúan desfilando marineros y soldados. Un oficial pasa llevando la bandera del Perú, decretada por San Martín en Pisco: colores blanco y encarnado; al centro una corona de laurel, dentro de la cual se ve el sol saliendo por detrás de sierras que se levantan en un mar tranquilo... Pausa. Obscurece la escena. Se sienten cañonazos, gritos de «Viva San Martín», «Gloria a los Libertadores», «Viva el Perú Libre». Redoble de tambor.

CUADRO XIII

SAN MARTIN ENTRA A LIMA

Panorama de tejados y torres de iglesias en la ciudad virreinal. Véase profusión de colgaduras y de guirnaldas. Es medio día del 9 de Julio de 1821.

Dos muchachos, un estudiante de acaso quince años y un chico del pueblo de no más de trece, conversan sobre un alero.

Escena única

(Estudiante, Muchacho del pueblo.)

(Siéntese rumor de muchedumbre en día de júbilo público.)

ESTUDIANTE.— No olvidaremos este día, muchacho.

MUCHACHO DEL PUEBLO.— Pues no.

ESTUDIANTE.— Cuando seas viejo, contarás a tus nietos que en una tarde como hoy entró a Lima el General San Martín, a la cabeza del Ejército Unido chileno - argentino.

MUCHACHO DEL PUEBLO.— ¡Qué animación! ¡Qué bulli-
cio! Si parece el día de Santa Rosa.

ESTUDIANTE.— Empiezan a llegar las autoridades. Ahí va el Cabildo en cuerpo, con sus trajes de etiqueta.

MUCHACHO DEL PUEBLO.— ¿Y ese del almohadón rojo?

ESTUDIANTE.— Es el alcalde de primer voto que lleva las llaves de Lima para ofrecerlas al General San Martín.

MUCHACHO DEL PUEBLO.— ¡Cómo corre la gente! Es un piño.

ESTUDIANTE.— Ahí van los profesores de la Universidad de San Marcos.

MUCHACHO DEL PUEBLO.— ¡Qué lindas están las mujeres! ¡Y qué peinetones, señor! Parecen andas.

ESTUDIANTE.—Nadie se ha quedado en casa. Hasta los gatos están de fiesta hoy.

MUCHACHO DEL PUEBLO.—¡Ahí vienen las tropas!.....
¿Siente las bandas?

(Oyese rumor de música marcial que se va aproximando.)

ESTUDIANTE.—Viene el cortejo.....

MUCHACHO DEL PUEBLO.—Mire ese grupo a caballo, detrás del cual corre la gente.....

ESTUDIANTE.—El Estado Mayor avanza.....

MUCHACHO DEL PUEBLO.—¿Y ese hombre que parece príncipe? ¿Es acaso un rey?

(Se aproximan los compases marciales de las bandas.)

ESTUDIANTE.—¡Míralo, muchacho! Que su recuerdo se grave para siempre en tu pupila..... Ese hombre con aire de príncipe, ese hombre que ha venido a destruir a los tiranos y a libertar al Perú..... ¡ese hombre es el General San Martín.....!

*(Oyense, más cerca, los acordes del himno argentino. Estallan cohetes y repican todas las campanas en medio de indescrip-
tible vocerío.)*

TELÓN LENTO.

ENTRECUADRO

(Ante el telón pasan marineros y soldados. Tres oficiales conducen las banderas de Chile, de las Provincias Unidas y del Perú (la de San Martín). Obscuridad. Redoble de tambor.)

UNA VOZ.—¡Ciudadanos de Lima, saludad el sol de este día 28 de Julio de 1821!

(Rumor de muchedumbre que aplaude frenética.)

VOZ DE SAN MARTÍN.—Desde este momento el Perú es libre e independiente por la voluntad del Pueblo y por la justicia de su causa que Dios defiende.

(Estallan petardos. Campanas echadas a vuelo. Rebullir del pueblo en alborozo.)

CUADRO XIV

LIMA, CIUDAD DE LOS LIBRES

Salón de honor del palacio de los virreyes, en Lima, en Mayo de 1822. Profusión de luces, de flores y de invitados. A las puertas se asoman dicharacheras y agudas las «tapadas limeñas».

Escena I

(*San Martín, Tapada Primera, Conde de la Vega del Ren, el Marqués de Torre Tagle, invitados: luego Blanco Encalada.*)

(*Al alzarse el telón la orquesta termina de tocar una canción alegre. San Martín conversa en un grupo de damas y militares. Cuando cesan los acordes de la música, una «tapada» se acerca a San Martín.*)

TAPADA PRIMERA.—Tú que eres el objeto

De tan solemnes pompas,
San Martín, las delicias
De la América toda,
Admite grato el culto
Que Lima fiel y heroica,
Te consagra rendida,
Te tributa obsequiosa.

(*Rumor de aprobación.*)

SAN MARTÍN.—Gracias, hermosa tapada.

TAPADA PRIMERA.—De nada, pues. La verdad dicen las tapadas.

SAN MARTÍN.—¿Nada más que la verdad?

TAPADA PRIMERA.— Sus cumplimientos son más sinceros que los de las gentes descubiertas.

(*Rumor de protesta.*)

SAN MARTÍN.— Los labios hermosos de Lima sólo saben echar flores. . . .

TAPADA PRIMERA.— Una adivinanza, señor Protector. Estamos en la corte y no somos cortesanas. . . . ¿Qué somos entonces?

VARIAS VOCES (*en grupo*).— ¡Tapadas!

SAN MARTÍN.— ¡Hermosas tapadas!

TAPADA PRIMERA.— El corazón de las limeñas está con el Protector.

SAN MARTÍN.— Cuando me vaya, cuando el mar me distancie de esta noble tierra peruana, mi último recuerdo será para las «tapadas»

TAPADA PRIMERA.— ¿Y la Protectora, señor?

(*Todos ríen.*)

SAN MARTÍN.— Las protectoras, diga usted. La gracia de las limeñas protege al Protector en sus fatigas. . . . No hay contra el esplín mayor antídoto que una limeña. . . .

(*Varios personajes se acercan a saludar a San Martín.*)

CONDE DE LA VEGA DEL REN.— Espléndido sarao, señor Protector.

SAN MARTÍN.— No tanto como los que el señor Conde de la Vega del Ren da en su palacio. . . .

MARQUÉS DE TORRE TAGLE.— Veo que las tapadas asaltan al Protector.

SAN MARTÍN.— Son los únicos asaltos gratos que he sufrido en mi vida, señor Marqués.

CONDE DE LA VEGA DEL REN.— Terribles son las limeñas.

SAN MARTÍN (*a Blanco Encalada que acaba de acercarse*)— ¿No ha recibido noticias de Chile, Almirante?

BLANCO ENCALADA.— No, general. El Pacífico está tormentoso, con lo que no tenemos barco desde muchos días.

SAN MARTÍN.— Pas de nouvelles, de bonnes nouvelles.

(*La orquesta inicia un aire de Mozart, y nuevos grupos se van formando alrededor de San Martín, quien circula saludando a las damas y dando conversación. Pausa.*)

*Escena II**(Dichos y Monteagudo.)*

MONTEAGUDO.— ¿Sin novedad, mi almirante?

BLANCO ENCALADA.— Sin novedad, señor ministro.

MONTEAGUDO.— El Lord Cochrane nos vuelve la espalda, según parece.

BLANCO ENCALADA.— Desgraciadamente las relaciones entre el Lord y el Protector no han sido todo lo cordiales que el Director de Chile deseaba tan sinceramente.

TORRE TAGLE.— Y los peruanos con él.

MONTEAGUDO.— Lástima ha sido, señor Marqués de Torre Tagle, pero a pesar del disgusto, la situación general es satisfactoria. La lista de nuestros triunfos es grande: Caída de Lima; rendición del Callao con tres mil hombres y toda clase de armamentos y pertrechos entregados por La Mar; huída de Canterac. Nuestro San Martín es algo brujo y hace una suerte de guerra mágica. Es como si a su conjuro se allanaran las dificultades mayores, se pusieran discretos los hombres y razonables las mujeres, que no es poco milagro. El General San Martín abate con una palabra las murallas más fuertes.

BLANCO ENCALADA.— Digamos que posee el secreto de las murallas de Jericó.

*Escena III**(Dichos, Tapada Segunda, Tapada Tercera, Guido, la Marquesa de Torre Tagle.)*SAN MARTÍN (*acercándose a una tapada que le ofrece una flor roja*).— Dichosos los ojos, señora mía. Mucho hacía que no la veíamos por Lima.

TAPADA SEGUNDA.— Hube de pasar unos días, señor, en casa de mi padre, en el Callao.

SAN MARTÍN.— Frente al mar. (*Ofreciéndole el brazo*). Felices quienes pueden vivir junto al mar. . . . (*a Guido que se acerca*.) Diga usted a los músicos que toquen un aire habanero, mi querido Guido. ¿No es aficionado usted a la música? Los aires de España adquieren un encanto especial cuando pasan por un tamiz criollo. . . .

GUIDO.— Las musas no me han favorecido gran cosa, general, pero vaya por el aire habanero. (*Se aleja.*)

(*San Martín continúa circulando. Otra tapada se le acerca.*)

TAPADA TERCERA.— ¿Mucha prisa lleva, mi señor general?

SAN MARTÍN.— Conozco esa voz y esos ojos. . . . sobre todo esos ojos admirables que usted oculta con tanta discreción. (*Apura el paso.*)

TAPADA SEGUNDA.— Pueden separarnos, general, y no conviene.

SAN MARTÍN.— Así, pues abra usted ese pico de oro.

TAPADA SEGUNDA.— Tengo noticias de Guayaquil. . . . El Libertador Bolívar está maniobrando y tiene un partido enorme.

SAN MARTÍN.— Bolívar no pierde el tiempo. . . .

TAPADA SEGUNDA.— Parece seguro que Guayaquil será anexado a Colombia.

SAN MARTÍN.— ¿Tiene usted los datos sobre los movimientos que proyecta el General Canterac?

TAPADA SEGUNDA.— Mañana los tendré muy fidedignos.

SAN MARTÍN.— Entonces, hágamelos llegar por intermedio de Guido. (*La tapada asiente; viendo aproximarse a Torre Tagle.*) Mientras más converso con las tapadas mejor comprendo el encanto de Lima. . . . (*A Torre Tagle.*) ¿No es verdad, marqués que no hay nada tan espiritual como una limeña ni hay limeña más discreta que una tapada?

TORRE TAGLE.— Ni hay en Lima hombre que sea más galante que el señor Protector.

SAN MARTÍN (*saluda a Tapada Segunda y toma del brazo a Torre Tagle, apartándose.*)— Veo que comienza a hacer apetito. . . . Pero ahí divisó a la Marquesa de Torre Tagle. (*Acercándose a ella.*) Señora marquesa ¿quiere hacerme el honor de aceptar mi brazo para ir a la mesa?

MARQUESA DE TORRE TAGLE.— El honor es mío, general.

SAN MARTÍN.— En el rostro de algunos amigos he visto sonar la hora del ambigú. . . .

(*Avanzan por entre doble fila de personas, haciendo mutis por el fondo; se van formando parejas que se alejan ceremoniosamente por el mismo camino. La orquesta toca un aire habanero.*)

*Escena I V**(San Martín, Monteagudo.)*

(Pausa; la escena permanece sola un momento. Monteagudo entra por el fondo y se sienta en un sofá. Pausa ligera. San Martín se acerca a él.)

SAN MARTÍN.— ¿No tiene usted apetito, señor filósofo?

MONTEAGUDO.— Ni tampoco parece tenerlo muy vivo el Protector.

SAN MARTÍN.— Para mí es esta la hora de prueba. Ahí de mis esfuerzos para evitar las cenas y escapar a tiempo de los ambigús, aun a riesgo de parecer poco sociable o sobrado trabajador.

MONTEAGUDO.— Donde se ve que mientras los invitados comen, nosotros reflexionamos.

SAN MARTÍN.— Al grano, Monteagudo, al grano. Sé que el Libertador Bolívar piensa anexar Guayaquil a Colombia.

MONTEAGUDO.— Y conviene impedirlo, porque ese territorio debe conservarse independiente o unirse al antiguo virreinato.

SAN MARTÍN.— Pero lo fundamental es concluir la guerra y sellar la independencia americana. Tal es el compromiso solemne que contraí con mi propia conciencia al iniciar esta grande aventura en que hemos puesto nuestra fe y nuestra vida. Así lo prometí a O'Higgins. Y es la esencia de nuestro plan americano.

MONTEAGUDO.— Sin embargo, general.

SAN MARTÍN.— «Triunfarás!» me dice una voz interior. «Serás lo que has de ser»

MONTEAGUDO.— Es verdad. pero.

SAN MARTÍN.— Porque hemos venido a libertar y no a encadenar pueblos, porque nuestra vida está consagrada a una tarea grande, porque hacemos posible para el tiempo futuro el nacimiento de una América que ha de realizarse a sí misma, somos invencibles. El secreto de nuestra fuerza reside en la virtud misma de nuestra misión. Nadie nos vencerá y a todos venceremos al fin, porque somos libertadores.

MONTEAGUDO.— Y entre nuestros libertados, cuántos que aman sus antiguas cadenas.

SAN MARTÍN.— Se han criticado mis actos sin comprender-

los. Cochrane pedía una batalla decisiva. Muchos de mis oficiales arden todavía de impaciencia mal contenida. Todos querrían victorias brillantes y batallas de gran espectáculo en que lo heroico jugase el primer papel. Pero nadie se ha detenido a pensar que en una batalla podíamos arriesgar la suerte de la guerra; que nuestros soldados soportaban toda clase de privaciones y enfermedades, que el enemigo poseía fuerzas y recursos todavía poderosos. Yo me preguntaba a mí mismo ¿Tenemos el derecho de exponer en una sola jugada el esfuerzo de ocho años de lucha?

MONTEAGUDO.— La respuesta es clara: No lo tenemos.

SAN MARTÍN.— Creo que he hecho bien y O'Higgins sabrá comprenderlo. El verdadero político es aquel que sabe resistir a la tentación de su propia popularidad.

MONTEAGUDO.— Acaso Bolívar tenga sus puntos de mira.

SAN MARTÍN.— De ahí la necesidad de que nos entrevistemos. Voy a dar los pasos necesarios para que se realice por fin esa entrevista que el propio Bolívar desea. Estoy cierto que de nuestra conferencia surgirá la victoria definitiva.

(Han comenzado a aparecer los invitados. La orquesta toca. Una voz, en otra estancia, canta un aire de Mozart. Se organizan parejas.)

Escena V

(Dichos, Marquesa de Torre Tagle, invitados.)

MARQUESA DE TORRE TAGLE.— Si mi ilustre compañero tiene razones para carecer de apetito, acaso no las tenga para resistir a la música de Mozart.

SAN MARTÍN.— Señora, tendré el honor de bailar este minueto con usted. *(La conduce hasta encabezar las filas de danzarines. La orquesta inicia un minueto y las parejas bailan.)*

TELÓN LENTO.

ENTRECUADRO

En obscuridad. Oyese el silbar del viento entre el velamen de un buque. Golpea una campana.

UNA VOZ DE MARINERO.—¡Orza a babor!...

OTRA VOZ DE MARINERO.—Oheeee!...

VOZ DE SAN MARTÍN.—¿A qué hora llegaremos a la vista de Guayaquil, capitán?

VOZ DEL CAPITÁN.—Si el viento nos acompaña, mañana al mediodía, señor.

VOZ DE SAN MARTÍN.—Gracias, capitán..... Amigo Guido: mañana nos encontraremos con Bolívar.....

CUADRO XV

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

Salón colonial en la residencia de Bolívar, en Guayaquil. Junto a una mesa en que hay un mapa desplegado y algunos documentos, el Protector y el Libertador conversan. Es en la tarde del 27 de Julio de 1822.

Escena única

(San Martín, Bolívar.)

BOLÍVAR.— Varias horas de conferencia nos han convenido por lo menos de una cosa: que es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos, para que una sólida y estable prosperidad les haga conocer el beneficio de su independencia.

SAN MARTÍN.— En principio siempre estaremos de acuerdo. Algunos procedimientos y distintos puntos de vista nos separan, sin embargo. Lamento la anexión de Guayaquil a Colombia, pues creo que se debió dejar al pueblo su acuerdo.

BOLÍVAR.— Mientras más pueblos unamos bajo las banderas de la libertad, más se aproximará el gran día de la América.

SAN MARTÍN.— Siento iguales deseos de unión y nada pudiera serme más grato que el establecimiento de los Estados Unidos de la América del Sud. . . . No olvide, general, que mi propia patria ha recibido el nombre simbólico de Provincias Unidas de Sudamérica.

BOLÍVAR.— Nada puede separarnos, entonces. . . .

SAN MARTÍN.— Sí: la oportunidad de la unión. . . . Usted, llevado del poder de su imaginación genial, cree que nuestros pueblos pueden unirse en un gran todo, y un día, en

efecto, así será. . . . Pero entretanto, hay muchos factores que se oponen: las barreras geográficas, las distancias enormes, la escasez de habitantes. . . .

BOLÍVAR.— Debemos recordar, general, que factores equivalentes existían en las colonias inglesas de Norte América.

SAN MARTÍN.— Otra raza es esa y otras condiciones, señor. No olvide usted que pertenecemos nosotros a la inquieta raza latina. . . . Galopa mucho la imaginación de nuestros hombres y el realizar queda en atraso. . . . Los americanos del norte caminan con más lentitud pero con mayor certidumbre. Y eso es lo que nos conviene. Ir paso a paso y no retroceder. . . .

BOLÍVAR.— Mientras más avancemos ahora, menos hemos de retroceder más tarde.

SAN MARTÍN.— No me opongo a que avancemos todo lo que sea posible.

BOLÍVAR.— Ahí está la base de nuestro acuerdo.

SAN MARTÍN.— Exacto, general.

BOLÍVAR.— Recapitulemos, entonces: usted me ha ofrecido su eterna amistad hacia Colombia; intervenir en favor del arreglo de límites; no mezclarse en los negocios de Guayaquil; una federación completa y absoluta aunque no sea más que con Colombia, debiendo ser la residencia del Congreso, Guayaquil.

SAN MARTÍN.— Perfectamente. Haremos todo lo posible por llegar a la federación.

BOLÍVAR.— Ha convenido en mandar un diputado por el Perú a tratar de mancomún con nosotros los negocios de España con sus enviados; también ha recomendado usted a Mosquera a Chile y Buenos Aires para que admitan la federación; desea que tengamos guarniciones combinadas en uno y otro estado.

SAN MARTÍN.— En suma, y como único medio de vencer definitivamente a España, deseo que todo marche bajo el aspecto de la unión, porque conozco que no puede haber paz y tranquilidad sin ella.

BOLÍVAR.— Así es la verdad.

SAN MARTÍN.— Casi he debido realizar milagros en el Perú, pero hasta los santos se fatigan de hacerlos y yo conozco que no podemos liquidar la guerra y con ello el peligro de nuevas invasiones, sin juntar nuestras fuerzas. Lleve usted las suyas al territorio del Perú; le ofrezco el primer puesto. Será

usted el generalísimo y yo militaré bajo las mismas banderas. . . .

BOLÍVAR (*emocionado*).— En ese ofrecimiento del Protector del Perú, admiro la grandeza de su alma. Genio y abnegación, he ahí el sello de la obra del general San Martín!

SAN MARTÍN.— Acepte usted mi ofrecimiento. De corazón lo hago, sin que me guíe otro móvil que el triunfo definitivo de nuestra causa.

BOLÍVAR.— No puedo negar que estoy conmovido ante tanta magnanimidad, pero no me es posible aceptar. . . .

SAN MARTÍN — ¿Qué lo impide?

BOLÍVAR.— La Constitución de Colombia: carezco de autoridad para disponer por mí mismo. . . .

SAN MARTÍN.— La causa de la libertad no reconoce cortapisas. . . . Acepte usted.

BOLÍVAR.— Aun hay otra razón. Yo no podría consentir jamás en que un hombre de su talla pudiera militar bajo mi mando. Nunca San Martín podrá ser el segundo de Bolívar.

SAN MARTÍN.— En la defensa de la libertad todo trabajo es útil, todo püesto es honroso. . . .

BOLÍVAR (*vacilante*).— ¡Si fuese posible, general!. . . Pero nó. Las circunstancias se oponen de modo irreductible.

SAN MARTÍN (*irguiéndose en toda su magnitud moral*).— Puesto que no hay otro medio, yo renuncio. Me retiraré de la lucha, dejándole a usted la gloria de poner fin a la guerra. Dimitiré el cargo de Protector del Perú, y me retiraré a Santiago o Mendoza a vivir como simple ciudadano y a aplaudir allí los triunfos que el General Bolívar obtenga para la causa de América.

BOLÍVAR.— Confieso que nunca ví tanta grandeza reunida en un solo hombre.

SAN MARTÍN.— Usted afianzará la libertad del Perú, usted vencerá a las últimas tropas peninsulares. Todas mis fuerzas las pongo desde ahora a sus órdenes.

BOLÍVAR.— General, siempre he tenido el concepto de mi persona, siempre he creído en la grandeza de mi obra y acaso de mí mismo; pero ahora confieso que usted me aventaja: de los dos es usted el más grande en estos momentos. . . .

SAN MARTÍN.— Ni mayor, ni más pequeño: somos dos hombres que han consagrado su vida a una misma finalidad.

BOLÍVAR.— Sólo acepto su sacrificio porque en la unidad de comando veo la única posibilidad de triunfo definitivo. Cuando toda América sea libre, yo también me retiraré en

busca del reposo de la soledad, y acaso nos juntemos un día en las playas del ostracismo para contemplar cómo crecen nuestros pueblos en la unión y en la paz.

SAN MARTÍN.— La paz interior tardará mucho todavía.

BOLÍVAR.— Pero el día de la unión llegará.

SAN MARTÍN.— ¡Creamos en ella, general, creamos en ella!... *(Emoción. Las manos de los dos Libertadores están unidas.)*

TELÓN.

ENTRECUADRO

(Pasan por delante del telón soldados chilenos, argentinos y peruanos.)

CUADRO XVI

LA MAGDALENA

Gabinete de San Martín en el palacio de la Magdalena.

Escena I

(*San Martín, Guido.*)

(*Al alzarse el telón, San Martín, solo, escribe en su mesa de trabajo. Al fondo, en la pared, el retrato del prócer hecho por Carrillo. Es al atardecer, un día de Septiembre de 1822. Pausa.*)

UNA VOZ (*que canta, afuera.*)—

Palomita hermosa
De todo mi amor,
Hagamos memoria
Del Inca, Señor.
Vuela, vuela alegre
Aplaudiendo al fin,
Y dale las gracias
A mi San Martín.....

(*Al escuchar las notas, San Martín alza la cabeza y sonrío con melancolía. Pausa. Golpean a la puerta.*)

SAN MARTÍN.—Adelante.

GUIDO (*en la puerta.*)—¿Se puede, mi general?

SAN MARTÍN.—Bienvenido, amigo.

GUIDO.—¿Escuchaba las notas del yaraví?.....

SAN MARTÍN.—Escuchaba..... Pero las voces que cantan y las palabras que elogian pasan también, con las grandezas. Nadie se acordará de mí mañana.....

GUIDO.—El nombre de San Martín será eterno, general.

SAN MARTÍN.—Estaba redactando mi proclama de despedida a los peruanos. . . . Unas pocas frases sinceras y acaso justas. . . . Vea usted. (*Leyendo.*) «Presencié la declaración de los estados de Chile y del Perú. . . . Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer la independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos. La presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible a los estados que de nuevo se constituyen. . . . En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones; los hijos de éstos darán el verdadero fallo. . . .»

GUIDO.—Habla usted con el corazón, como siempre.

SAN MARTÍN.—Al pueblo hay que hablarle siempre con el corazón. . . .

GUIDO.—Pero la renuncia no será presentada todavía, supongo.

SAN MARTÍN.—Será presentada mañana. Al inaugurar el Congreso del Perú haré dejación del mando supremo, y con ella algunas recomendaciones de carácter político a los señores diputados del pueblo.

GUIDO.—¿Tan pronto, señor?

SAN MARTÍN.—Tan pronto, Guido. Lo que debemos hacer no hay que retardarlo inútilmente. Mi obra en el Perú está concluída, y con ella mi misión americana. Yo me voy y América será libre. ¡Esa ha sido toda mi ambición!

GUIDO.—Pero aún quedan fuerzas españolas en el Perú.

SAN MARTÍN.—Bolívar las destruirá. He convenido con él en que reuna sus fuerzas a las del Ejército Unido y todas juntas serán invencibles.

GUIDO.—¿Se sacrifica usted por América!

SAN MARTÍN.—Sí, mi buen Guido, pero con la certidumbre de que no será estéril ese sacrificio. . . . Algún día comprenderán los americanos todo lo que hice por ellos y cuánto los amé. . . .

GUIDO.—Quédese, general. Llévenos a los campos de batalla y verá cómo a la sombra de sus banderas sabremos morir y vencer.

SAN MARTÍN.—Bolívar los conducirá a la victoria. ¿Qué más da que sea yo o él? ¡Lo importante, lo único importante es que América sea libre!

GUIDO.— ¡General!

SAN MARTÍN.— Las fuerzas del Ejército Unido, solas, no bastan para obtener una victoria en plazo corto. Si yo me quedo, Bolívar no viene y la libertad peligra. ¿Sabemos, acaso, si en España los tiranos preparan el envío de nuevos refuerzos? No hace mucho pensé llevar la guerra a la Península y encabezar yo mismo una expedición, pero he visto que no era posible. Sólo nos queda estar unidos en el peligro, que sólo unidos triunfaremos.

GUIDO.— Pero será usted el verdadero Libertador y no el otro.

SAN MARTÍN.— Hay que ser justos, Guido. Bolívar ha libertado con su espada y su genio la mitad de América. Nosotros hemos libertado la otra mitad. Pero la obra no vale porque la hiciéramos Bolívar o yo. Vale en sí misma. Vale por la suma de heroísmo que representa, por la sangre derramada, por el esfuerzo silencioso de millares de hombres que todo lo dieron a la patria, incluso la vida. Solos, Bolívar y yo no hubiéramos hecho nada. Lo que hicimos lleva el sello de la fe y del esfuerzo de todos nuestros pueblos.

GUIDO.— Nunca le ví tan grande como ahora, mi general.

SAN MARTÍN.— No es modestia mía. Comprendo la importancia estratégica y moral de la guerra de zapa que he hecho en el Perú; pero no todos sabrán apreciarla. Esa guerra sin victorias aparentes, sin triunfos ruidosos ni entradas triunfales, hará posible que Bolívar gane la batalla final.

GUIDO.— Esa batalla será su obra.

SAN MARTÍN.— Será la obra de todos. ¡La obra de América!

GUIDO.— Me duele pensar que serán pocos en comprender su sacrificio.

SAN MARTÍN.— ¡Qué importa! Lo general de los hombres juzgan de lo pasado según la verdadera justicia, y de lo presente según sus intereses.

GUIDO.— Es verdad.

SAN MARTÍN.— Doce años de revolución, por lo demás, me han curtido de tal modo que nada me hace impresión.

Escena II

(Dichos, Eusebio Soto y un criado.)

(Ha oscurecido ya. Eusebio Soto, paje y criado de San Martín, casi adolescente, entra con un candelabro, seguido de un criado que lleva una bandeja con viandas y una botella.)

EUSEBIO SOTO.— La cena, señor.

SAN MARTÍN.— ¿Es tan tarde ya?

EUSEBIO SOTO.— Las siete van a dar.

UNA VOZ (afuera).— Las siete han dado y sereno. . . . ¡Viva la patria! . . . (Alejándose.) Las siete han dado y sereno. . . .

(Eusebio Soto y el criado ponen un mantel en la mesa y colocan las viandas.)

SAN MARTÍN (a Soto).— Trae otro cubierto, muchacho. Guido cena conmigo.

EUSEBIO SOTO.— Sí, señor. (Se retira con el criado.)

GUIDO.— Pero, general. . . .

SAN MARTÍN.— Nada, amigo. Hará usted penitencia hoy, compartiendo mi pobre cena. Acerque esa silla. . . .

GUIDO, (acercándola).— Al general no se le puede discutir.

SAN MARTÍN.— Será una cena triste pero pacífica. Y la paz interna vale por cien victorias. . . .

UNA VOZ (afuera, algo lejana).—

Palomita hermosa

De todo mi amor,

Hagamos memoria

Del Inca Señor. . . .

(A medida de los versos va cayendo el

TELÓN.

ENTRECUADRO

(Ante la cortina desfilan soldados chilenos, argentinos y peruanos. Un oficial conduce la bandera peruana de San Martín. Redoble de tambor.)

CUADRO XVII

LA ABDICACION

Salón de sesiones del Congreso del Perú. Estrado rojo a la derecha, con mesa y sillones, destacándose el del centro. Sobre el estrado el escudo del Perú y las banderas de Chile, Provincias Unidas y Perú.

En la mesa un Crucifijo y una campanilla. Frente al estrado las sillas de los diputados. En el fondo bancas para los invitados.

Escena I

(El Marqués de Torre Tagle, diputados, público.)

(Al alzarse el telón, los diputados conversan en grupos. Los hay militares, civiles y religiosos, alternando la púrpura de las dignidades eclesiásticas con el dorado de los uniformes y los trajes civiles de ceremonia. Invitados de categoría van llenando las banquetas reservadas al público. Escena muy animada. Siéntese ruido de tambor y el Marqués de Torre Tagle, Presidente del Congreso, acompañado de los miembros de la mesa directiva, sube al estrado.)

MARQUÉS DE TORRE TAGLE *(después de agitar la campanilla algunos momentos).*— Ruego a los señores Diputados ocupen sus asientos. Se aproxima el cortejo a las puertas del recinto y la mesa directiva del Congreso va a recibir en cuerpo a Su Excelencia. *(Seguido de los miembros de la mesa atraviesa la escena. Expectación.)*

Escena II

(Dichos y San Martín.)

(Pausa. Cada vez más próximas llegan las notas de una banda militar. Aparece San Martín de gran uniforme, con la banda rojo y blanco del Perú sobre el pecho, seguido de los miembros de la mesa y de sus edecanes. Todo el mundo se pone de pie y se inclina. El Protector ocupa el sillón presidencial en el estrado y hace una venia a la sala.)

MARQUÉS DE TORRE TAGLE.— En nombre de Dios Todopoderoso se abre la sesión. Su Excelencia el señor Protector del Perú va a hacer uso de la palabra. (Todos se ponen de pie.)

SAN MARTÍN (depositando sobre la mesa la banda, que se saca en medio de silencio profundo, junto con el bastón de mando y seis sobres blancos).— Señores Diputados: al deponer la insignia que caracteriza al jefe del Perú no hago sino cumplir con mis deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que agradecerme los peruanos es el ejercicio del poder que el imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy que felizmente lo dimito, pido al Ser Supremo el acierto, luces y tino que se necesitan para hacer la felicidad de sus representados. Desde este momento queda instalado el Congreso Soberano y el pueblo reasume el poder en todas sus partes.

Con la última frase comienza a caer el

TELÓN.

ACTO QUINTO
EL OSTRACISMO
CUADRO XVIII
FRENTE A BUENOS AIRES

En la cubierta del *Condesa de Chichester*, frente a Buenos Aires. A fondo, entre el velamen del barco, que ocupa gran parte del paisaje, se destacan las torres de la capital argentina. Es por la mañana, un día de Febrero de 1829.

Escena I

(San Martín, Capitán.)

(Al alzarse el telón, algunos marineros asean el barco y otros descargan mercaderías, descendiendo por una escalera al mar. Pausa. San Martín aparece vestido de levita oscura abotonada. Se ve joven todavía, pero el pelo comienza a blanquear. Hay en sus ojos como un gran velo de tristeza. Asómase a la borda y puesto de codos ante ella, reflexiona. Pausa. El capitán del barco se le aproxima y lo saluda militarmente.)

CAPITÁN.— Good morning, sir.

SAN MARTÍN.— Good morning, captain.

CAPITÁN.— We have a glorious morning. ¿Do you want to go on sure to - day?

SAN MARTÍN.— No, captain, in any way. Not to day, perhaps, never After to - morrow. Y want to go to Montevideo.

CAPITÁN.— All right, sir. Y'am at your disposal.

SAN MARTÍN.— Thank you, captain.

(Saludo y mutis del capitán.)

Escena II

(*San Martín; luego Olazábal y Alvarez Condarco.*)

(*El Libertador, solo, contempla la ciudad de Buenos Aires, acodado en la borda. Pausa. Un barquichuelo se acerca y San Martín, que sigue sus peripecias, acaba reconociendo a los que vienen en él, a quienes saluda con señas de alborozo. Suben dos militares.*)

SAN MARTÍN.— ¡Hijo! (*Abraza estrechamente al Coronel Olazábal.*)

OLAZÁBAL.— ¡Mi general!

ALVAREZ CONDARCO, (*abrazándolo a su turno.*)— ¡Mi general!

SAN MARTÍN.— Es una sorpresa feliz para mí. Contemplaba con cierta melancolía la ciudad de Buenos Aires, en la que tanto he pensado todos estos años de destierro y cuyas playas no volveré a pisar nunca. ¡Tan cerca y tan lejos, amigos míos!

OLAZÁBAL.— Cuando supimos, ayer, que estaba usted en las balizas, nos concertamos con Alvarez Condarco para venir a saludarlo.

SAN MARTÍN.— Acaso son ustedes los únicos amigos que me recuerdan todavía sinceramente.

ALVAREZ CONDARCO.— Son muchos los que lo quieren bien, mi general.

OLAZÁBAL.— Pues esta mañana, muy de alba, nos vinimos al puerto y de paso por el mercado compramos unos duraznos porteños. . . . (*Ofreciéndole un paquete que toma de manos de algún marinero.*)

SAN MARTÍN.— ¡Duraznos de la tierra!

ALVAREZ CONDARCO.— Producto de la campaña argentina.

SAN MARTÍN.— Gracias, muchas gracias. Es un poco de mi tierra que llega hasta mí. Ustedes me traen aire porteño, aire puro, que no creí ya respirar en este ambiente cargado de pasión.

OLAZÁBAL.— Señor, ¿y cómo dejó vuestra excelencia a su niña Merceditas?

SAN MARTÍN.— Bien. . . . La chicuela es muy voluntariosa e insubordinada. Como que la crió su abuela. Cuando la llevé, lo más del viaje lo pasó arrestada en su camarote. . . .

ALVAREZ CONDARCO.—Muy hermosa y crecida debe estar la niña Mercedes.

SAN MARTÍN.—Quedó en un colegio europeo, de interna. Yo mismo dirijo su educación y espero hacer de ella una mujercita perfecta.

OLAZÁBAL.—¡Cuántos años que no nos veíamos, señor!

SAN MARTÍN.—Muchos, Olazábal, muchos. . . . Años de destierro y de dolor, años de miseria también, porque día hubo en que no supe si tendría pan a la mañana siguiente. Los estados que liberté poco se han acordado de mí; pero debo al General O'Higgins, a mi grande y fiel amigo O'Higgins, el que me recuerden los peruanos un poco más que los chilenos y los argentinos. . . . En fin, dejemos estas quejas. He vivido más mal que bien. He viajado un poco por Inglaterra, Bélgica y Francia; he residido con mi hermano Justo Rufino en Bruselas, con quien pasé buenos años, recordando. . . . Y tanto me atraía el deseo de volver a América, de instalarme en tierra argentina o chilena, que aquí me tienen ustedes. . . .

ALVAREZ CONDARCO.—Llega y se va. . . .

OLAZÁBAL.—Junto con llegar. . . . ¡Qué pena, señor. . . !

SAN MARTÍN.—¿Qué quieren ustedes? Venía yo trayendo la paz en mi alma y me he encontrado con la guerra. En toda América reina la anarquía o el caudillismo. No bien terminada la guerra de emancipación, cuando ya todos se lanzan al asalto del gobierno. En Santiago, en Lima, en Buenos Aires, es el mismo panorama desolador. . . . A Bolívar lo echaron sus propios amigos. Sucre cayó al golpe de manos asesinas. O'Higgins vive en el destierro y en la más dura pobreza, a pesar de la buena hospitalidad peruana. . . . Pasó nuestra hora, amigos. ¡Ya no hay lugar en América para los hombres honrados!

OLAZÁBAL.—El panorama es desolador. . . .

SAN MARTÍN.—Bien había sentido todo esto. Acaso era inevitable esta gran crisis, dado el atraso de los elementos de que se compone la masa de nuestra población, huérfana de leyes fundamentales, y por agregado las pasiones individuales y locales que ha hecho nacer la revolución. . . . No han querido darse cuenta de que para defender la causa de la libertad y sus derechos necesitan ciudadanos, no de café sino de instrucción, elevación de alma, capaces de sentir el valor de los bienes que proporciona un gobierno representativo. . . .

ALVAREZ CONDARCO.—No hay de esos hombres aquí.

SAN MARTÍN.— Hablo sin pasión. Ustedes conocen mejor que nadie mi odio a todo lo que es lujo y distinción, pues por inclinación de principios amo el gobierno republicano y nadie lo es más que yo.

OLAZÁBAL.— Verdad, mi general.

SAN MARTÍN.— Pero sobrevino la anarquía y la experiencia de los siglos nos ha demostrado que sus consecuencias son la tiranía de un déspota.

ALVAREZ CONDARCO.— ¿Qué se puede hacer?

SAN MARTÍN.— Nada, amigos, que esto está formado de hombres y de los tres tercios de habitantes del mundo, dos y medio son necios y el resto pícaros, con pocas excepciones de hombres de bien.

OLAZÁBAL.— Sin embargo, señor.

SAN MARTÍN.— Nada suministra una idea para conocer a los hombres como una revolución: ella nos presenta ejemplos para medir lo inmenso de su perversidad. . . . ¡Qué miserables somos, en verdad, los animales de dos pies y sin plumas!

ALVAREZ CONDARCO. Algo puede hacerse en Buenos Aires, a pesar de todo.

SAN MARTÍN.— Nada, amigos. Cuando el *Condesa de Chichester* tocó Río de Janeiro, me impuse de la revolución de Buenos Aires y supe en Montevideo el fusilamiento de Dorrego, sacrificado por los unitarios. . . . Entonces me decidí a venir sólo hasta balizas, para arreglar algunos asuntos y regresar a Europa sin desembarcar. . . . ¿Mi sable? . . . ¡Nó! Jamás se desenvainará en guerra civil.

OLAZÁBAL.— Los unitarios confiaban en usted.

SAN MARTÍN.— Hicieron mal. Recibí hace poco dos emisarios del General Lavalle, que solicitaba mi cooperación. Quería que yo me hiciese cargo del mando. ¿Para qué? ¿Para convertirme en un nuevo Sila y llenar de proscripciones el suelo de mi patria? Eso jamás, amigos, jamás!

OLAZÁBAL.— No hay, pues, esperanza!

SAN MARTÍN.— Nada odio tanto como la guerra civil. Digan ustedes a los porteños que el General San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas y sólo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sudamérica!

Escena III

(Dichos, Eusebio Soto, un ordenanza.)

EUSEBIO SOTO (*el antiguo paje es ya un hombre formado, vigoroso y de fisonomía abierta y simpática.*)— Señor: un ordenanza del señor Ministro de Gobierno de Buenos Aires trae una carta para usted.

SAN MARTÍN.— Dámela. (*El ordenanza se la pasa.*) Con el permiso de ustedes, señores. (*Rompe el sello y lee. Al ordenanza.*) Diga usted al ministro que está bien y dele las gracias de mi parte. (*El ordenanza saluda militarmente y hace mutis.*) Se va José Matorras, pues vine a América con este nombre que cubría mi incógnito, para evitar suspicacias. . . .

OLAZÁBAL.— ¿Es posible que no aguarde un poco de tiempo más?

ALVAREZ CONDARCO.— Señor, algunos días siquiera. . . .

SAN MARTÍN.— Díaz Vélez me acaba de enviar mis pasaportes para Montevideo. . . . ¡José Matorras se va con la muerte en el alma! (*Suena una campana a bordo.*) Pero con una fe profunda en el futuro de los pueblos americanos.

(*Suena otra vez la campana.*)

OLAZÁBAL.— ¿Esa campana?

SAN MARTÍN.— Quiere decir que ha sonado la hora de separarnos. . . . Esa campana nos empuja a cumplir nuestro destino. . . . ¡Mucha felicidad, hijos míos! (*Les tiende las dos manos. Instante de emoción.*)

ALVAREZ CONDARCO.— ¡Adios, señor!

OLAZÁBAL.— ¡Que Dios lo acompañe, mi general! (*Se estrechan en silencio y descienden la escala.*)

SAN MARTÍN, (*asomándose a la borda.*)— Digan ustedes a los argentinos que los he amado mucho. . . . Que sólo a mi América he amado más. . . . (*De nuevo la campana.*)

EUSEBIO SOTO.— Señor. . . .

SAN MARTÍN, (*volviéndose a él y estrechándole la mano.*)— Hemos quedado solos, Eusebio. ¡Definitivamente solos!

TELÓN.

E N T R E G U A D R O

(Ruido de fusilería y toque a degüello en la obscuridad...)

UNA VOZ.— ¡Viva Rozas! ¡Viva el Ilustre Restaurador de las leyes!

OTRA VOZ.— ¡Viva don Diego Portales!

TERCERA VOZ.— ¡Viva el Gran Mariscal Santa Cruz!

CUARTA VOZ.— ¡Viva el Mariscal Castilla!

VOCES EN CORO.— ¡Viva la Santa Federación! ¡Mueran los salvajes, asquerosos unitarios!

(Redoble de tambor.)

CUADRO XIX

GRAND - B O U R G

Salón en la residencia de San Martín, en *Grand - Bourg*; puesto a la moda de Luis Felipe, con sencillez. Al fondo ventanas y una puerta abierta sobre el jardín. Es por la mañana en un alegre día del mes de Mayo de 1836.

Escena I

(Mercedes San Martín, el Marqués Aguado.)

(Al levantarse la cortina, Mercedes estará arreglando flores en una mesa de centro. Pausa. Siéntense ladridos de perro. Mercedes, joven, hermosa y plena de gracia, tararea un aire americano. De pronto entra el Marqués Aguado, sin ser visto.)

MARQUÉS AGUADO.— ¿Se puede?

MERCEDES.— ¡Ay!... ¿Era usted, don Alejandro? Adelante, *(saliendo a recibirlo)*. Bienvenido sea el señor don Alejandro María Aguado, Marqués de las Marismas del Guadalquivir, Vizconde de Porto Rico, caballero de la Orden de.....

MARQUÉS AGUADO— Ta, ta....., querida Merceditas. Nada de la retahila esa, que sólo viene al caso cuando ustedes están hartos de mis charloteos interminables.

MERCEDES.— En esta casa, que debemos a su mucha generosidad.....

MARQUÉS AGUADO.— Ta, ta....., Merceditas.....

MERCEDES.— Sí, don Alejandro. ¿Por qué no decirlo cuando la ocasión se presenta? A gritos lo diría yo todos los días, si pudieran oirme en 'Buenos Aires o en Santiago.

MARQUÉS AGUADO — ¡Qué me enoja, Merceditas!....

MERCEDES.— Señores americanos, les diría, sepan y oigan

ustedes que el Libertador de medio continente goza de una vejez tranquila gracias a la amistad del Marqués Aguado, español.....

MARQUÉS AGUADO.— Por la gracia de Dios..... Pero déjese usted, criatura, y vamos al grano. ¿Está invisible el general? Pues poco que no he madrugado para encontrarlo.

MERCEDES.— Siéntese usted, don Alejandro, que yo le daré conversación. Tatita anda de paseo con Eusebio Soto, pero no tardará en regresar, porque esta es la hora en que revisa el correo.

MARQUÉS AGUADO (*acomodándose*).— Bien, Merceditas, esperaremos. ¿Y la niña?

MERCEDES.— En el parque anda, con el ama, siguiendo sus recetas de buen aire.

MARQUÉS AGUADO.— Nada como el buen aire; nada, hija. En nuestras campañas, San Martín y yo nos acostumbramos al aire, al gran aire. Y así vamos llegando a viejos..... ¿Y ese buen Balcarce?

MERCEDES.— Ahí lo tiene usted.

Escena II

(*Dichos y Mariano Balcarce; luego San Martín.*)

MARIANO BALCARCE, (*hombre joven y de buena presencia*).— Dichosos los ojos señor Marqués.

MARQUÉS AGUADO.—¿Y qué tal? Aquí tiene usted al vecino impertinente que a toda hora anda detrás de su amigo San Martín.

MARIANO BALCARCE.— Se entretienen ustedes, se pasan juntos las horas muertas.

MERCEDES.— Charla que te charla, sin cansarse jamás.

MARQUÉS AGUADO.— Con el tiempo que hemos pasado sin vernos.....

MERCEDES.— Tatita es otro hombre desde que usted vino a visitarlo la primera vez. ¡Diez años se le quitaron de encima!

MARIANO BALCARCE.— La verdad es que el general parece rejuvenecido.

MERCEDES.— Nunca había gozado de tanta salud como en esta primavera.

MARQUÉS AGUADO.— ¡Y yo! Fuimos compañeros durante cerca de veinte años; militamos en los mismos cuerpos. Jun-

tos hicimos la campaña de Africa, juntos combatimos a ese diablo de Bonaparte. . . . Juntos estuvimos en Bailén. . . . ¡Qué friolera de recuerdos, de años y de simpatía, todo junto, caray! Ya ven ustedes si tenemos de qué hablar. . . . Pero ese diantre de general ha olvidado la hora del correo. . . .

SAN MARTÍN (*Apareciendo; más delgado y con el cabello más blanco, pero el cuerpo erguido y firme. Viste con gran corrección, levita negra abotonada. Y muy alegre*).— No la ha olvidado, hombre; ¡qué la había de olvidar!

MARQUÉS AGUADO.— ¡Hola, Hola!, San Martín; buen pa-seíto eh. . . .

SAN MARTÍN.— Delicioso, querido Aguado, delicioso. . . Llegué hasta el molino de Despreux. Hacía un sol de gloria, uno de esos soles de campaña de nuestros buenos tiempos. . . ¡Un sol!

MARQUÉS AGUADO.— Como el de Arjonilla, eh?

SAN MARTÍN.— ¡Como el de Arjonilla!

MARIANO BALCARCE.— Si que viene usted de buen color.

MERCEDES.— Y de buen humor. Venga, tatita, que le dé un beso. ¡Se lo ha ganado!

SAN MARTÍN.— ¿Con mi buen humor de esta mañana? Pues dame dos: uno por la mañana de hoy y otro por la mañana de mañana. (*Mercedes lo besa en la frente.*) Gracias, hija, y que sean de sol todas las mañanas de tu vida. . . .

MARQUÉS AGUADO.— El correo te aguarda, hombre.

MERCEDES.— Y la charla. . . .

SAN MARTÍN.— Pues no están ustedes malos charlatanes. . . Veamos ese correo. . . . Un diario, dos cartas. . . . Ajá! . . . Esta es de O'Higgins. . . . (*Rompe el sobre y lee.*)

MARQUÉS AGUADO.— Ya tiene para rato con su O'Higgins.

SAN MARTÍN.— ¡Magnífico! Nuestro O'Higgins me escribe, desde Montalván, que va mucho mejor de sus dolencias. . . . Que me recuerda mucho. . . . Que nos manda a todos su leal afecto. . . . Esta mañana es famosa.

MERCEDES.— Un buen paseo. . . .

MARQUÉS AGUADO.— Y mejores noticias. . . .

SAN MARTÍN.— Pues si nada he dicho del encuentro que tuve. . . . ¡Famoso, hijos, famoso!

MARIANO BALCARCE.— ¿Y qué fué ello, don José?

MARQUÉS AGUADO.— Alguna muchacha, a lo mejor. . . .

SAN MARTÍN.— Caliente. . . . caliente. . . .

MARQUÉS AGUADO.— ¿No lo decía? A que no le volve-

mos a dejar que se vaya solo de paseo. Se nos está poniendo verde.

MERCEDES.— ¿Era una muchacha?

MARIANO BALCARCE.— ¿Bonita?

MERCEDES.— ¿Elegante?

MARQUÉS AGUADO.— A lo mejor, una dama. de esas.

SAN MARTÍN.— Pues era una vieja.

MARQUÉS AGUADO.— No confesarlo, hombre.

SAN MARTÍN.— Una vieja seca, pero muy amable. Cuando pasaba junto a la hostería que acaba de instalarse detrás del molino, veo en la puerta una buena mujer, que me observa un rato con mucha atención, se entra luego y casi en seguida sale corriendo de trás de mí, a grandes voces. «Tenez, monsieur. . . . Tenez, monsieur» y me ofrecía un pañuelo.» ¿Es a mí, señora?» «A usted. ¡usted es el hombre del pañuelo!» «¿El hombre del pañuelo?» «Sí, señor. Hace tres años ocupaba yo el *comptoir* de un pequeño restaurant de Enghien, cerca de París; usted almorzó allí un día y se dejó olvidado este pañuelo.» «¿Y cómo me ha reconocido después de tanto tiempo?» «Cierto es que no lo ví sino una vez, una sola, pero nunca olvidé su mirada.»

MARQUÉS AGUADO.— Una vieja galante.

SAN MARTÍN.— Y aquí está el pañuelo (*mostrándolo*).

MARQUÉS AGUADO.— Lo dicho, ya no te dejaremos ir solo por esos campos. ¡Hasta las viejas, hombre!

SAN MARTÍN.— Hemos de aprovechar este hermoso día alegremente. Propongo a ustedes que vayamos a París; veremos en el Teatro Francés la nueva comedia de Alejandro Dumas y cenaremos en el *Auberge du Grand Saint Louis*.

MARQUÉS AGUADO.— Aceptado lo de la cena en el *Grand Saint Louis*; hacen ahí unos famosísimos pollos.

MARIANO BALCARCE.— Regados con un excelente vinillo de Anjou.

MERCEDES.— La *matinée* del Teatro Francés será lo mejor de la tarde. ¡Me encanta Dumas!

SAN MARTÍN.— Y por la noche regresaremos en landó descubierto, a plena luna, porque la luna de esta noche será otro espectáculo.

MARQUÉS AGUADO.— Aceptado el programa en todas sus partes.

MERCEDES.— ¡Se ganó otro beso, tatita! (*Lo besa en la frente.*)

SAN MARTÍN.— ¿Y hay quienes se quejan de la vida? ¡Alegrémosnos, hijos, alegrémosnos de haber nacido!

TELÓN.

ENTRECUADRO

Una piana canta en la obscuridad. Tocaban sobre ella notas del yaraví limeño —«Palomita hermosa... De todo mi amor...»—, el aire habanero, notas de alguna canción chilena y argentina de los tiempos de la Hazaña...

CUADRO XX

BOLOUGNE - SUR - MER

Dormitorio de San Martín en casa de Maitre Gerard, en Boulogne sur - Mer, puesto según el modelo que ha servido para su reconstitución en el Museo Histórico de Buenos Aires. Hacia el centro de la escena la cama del Libertador; a la derecha el sillón que ocupaba habitualmente. Una tarde de invierno, a comienzos de 1850.

Escena I

(San Martín, Mercedes, Mariano Balcarce.)

(San Martín ha encanecido por completo y sus ojos están casi privados de luz; sobre los hombros cansados pesa la fatiga de toda una vida. Es el hombre del daguerreotipo de 1850 y viste de negro, levita abotonada, corbata amplia, en la cabeza un gorro de lana y en las manos un bastón. Mercedes y Mariano Balcarce se encuentran jóvenes aún, camino de la madurez. Ella se coloca el sombrero ante un espejo; Balcarce lo conserva en la diestra, prontos a salir.)

MERCEDES.— Ya que se halla tan bien esta tarde, tata, saldremos a dar un paseo por el mar.

MARIANO BALCARCE.— Si que está muy bien, don José; como nunca en los últimos tiempos.

SAN MARTÍN.— Aun queda un poco de cuerda.....

MERCEDES.— Está como nuevo.

SAN MARTÍN.— Id, hijos; el sol anda algo displicente este invierno y hay que aprovechar sus raras visitas.

MARIANO BALCARCE.— Si usted quisiera acompañarnos, don José; creo que no le probaría mal.

MERCEDES.— Sí, tatita. Podríamos pedir el coche cerrado de los Girard.

SAN MARTÍN.— No estoy tan fuerte como para arriesgarme a un paseo. . . . Desde mi sillón aprovecharé los últimos rayos de la tarde y miraré al mar desde esa ventana. . . . Es decir, lo adivinaré.

MERCEDES.— ¿Nada se le ofrece en el comercio?

SAN MARTÍN.— Nada, hijos. Id pronto y no perdáis el sol.

MERCEDES (*dándole un beso*).— Hasta luego, tatita.

BALCARCE (*saludando con un largo y ceremonioso ademán de su diestra*).— Bonsoir, don José.

SAN MARTÍN.— Felicidad, hijos.

(*Pausa breve. San Martín reflexiona, con la mirada perdida en la ventana y en el mar.*)

Escena II

(*San Martín y Merceditas.*)

(*Se escuchan llantos de niña y luego aparece, por la derecha, Merceditas, de acaso seis años, llorando a lágrima viva.*)

SAN MARTÍN.— Ven acá, niña. ¿Por qué lloras? ¿Te has hecho nana?

MERCEDITAS (*acercándose, tímida*).— Hi. . . . hi. . . . hi. . . . la Chana me pegó. . . . hi. . . . hi. . . . hi. . . .

SAN MARTÍN.— Alguna diablura harías. . . . Pero ven acá tontuela. . . . acá en mis rodillas. . . . Eso es. . . .

MERCEDITAS (*en las rodillas del abuelo*).— Hi. . . . hi. . . . hi. . . . hi. . . .

SAN MARTÍN.— Yo te consolaré, tontuela. . . . A ver, seca esas lágrimas, que de lo contrario te mandaré a tu camita, arrestada. . . .

MERCEDITAS.— Hi. . . . hi. . . . hi. . . .

SAN MARTÍN.— ¿No quieres callarte, picarona? ¿Quieres sacar tajada, no es eso? Veamos, ¿te callarás si le doy una azotaína a la Chana?

MERCEDITAS (*redoblando el tono*).— Hi. . . . hi. . . . hi. . . .

SAN MARTÍN.— No quieres ninguna venganza. . . . Muy bien. . . . ¿Y no te gustaría que te diera una linda medalla, reluciente como si fuera un sol?

MERCEDITAS (*bajando el tono*).—Hi. . . . hi, tatita. . . . dame la medalla. . . . hi. . . . hi. . . .

SAN MARTÍN.—Bueno, pero comenzarás quedándote callada. (*La chica se calla.*) Eso es. . . . Te daré la medalla. . . . (*Avanza hacia la cómoda, ayudándose con el bastón y abre el primer cajón.*) Aquí. . . . más a la derecha. . . . Eso es. . . . Aquí tienes la medalla, pícara. . . . ¡Mi medalla de Bailén! . . . Deja que yo te la prenda en el pecho. . . . Ea, ya estás condecorada. . . .

MERCEDITAS (*riendo*).—Gracias, tatita. . . . Muy bonita ¿no?

SAN MARTÍN.—Y pensar que nunca la he utilizado mejor. . . .

Escena III

(*Dichos y Pepita; después la Chana.*)

(*Breve pausa. Merceditas se contempla en el espejo, muy satisfecha. San Martín sonríe. De pronto se oyen grandes carcajadas infantiles por la izquierda y asoma Pepita, algo menor que su hermana.*)

PEPITA (*con muchas risas*).—¡Cosaco! . . . ¡Cosaco!

SAN MARTÍN.—Ven acá, pequeña malvada. . . .

MERCEDITAS (*imitando a su hermana*).—¡Cosaco! . . . ¡Cosaco!

SAN MARTÍN (*amenaza cariñoso*).—Venid acá, bribonzuelas.

PEPITA Y MERCEDITAS (*en coro*).—¡Cosaco! . . . ¡Cosaco! . . . ¡Cosaco!

SAN MARTÍN (*atrapando a Pepita, que se ha acercado al sillón*).—Ya te tengo, pequeña malvada. . . . A ver cómo has aprendido la lección. . . . ¿Cuántas son dos por cinco?

MERCEDITAS.—Cuatro, cuatro. . . .

PEPITA.—Son ocho. . . .

SAN MARTÍN.—Llegarán ustedes a emular al propio Pitágoras.

MERCEDITAS.—Son siete. . . .

PEPITA.—Lo menos nueve. . . .

SAN MARTÍN.—Es mucha tu sabiduría, viejecita. . . . Pero no te harán falta las matemáticas para ser buena y ha-

cendosa... Y así has de vivir muchos años, porque tú no morirás de cornada de toro....

MERCEDITAS.— Cuéntanos un cuento, tata.

PEPITA.— El del gato con botas....

MERCEDITAS.— No. La Cenicienta....

PEPITA,— ¡Pulgarcito!.... ¡Pulgarcito!....

LA CHANA (*vieja sirvienta criolla, transplantada sin perder los aires de la tierra. Con voz autoritaria.*).— A cenar, niñas. (*Las dos chicas se aferran a las piernas de San Martín.*)

MERCEDITAS.— ¡No quiero!

PEPITA.— ¡No quiero, tatita!

SAN MARTÍN.— Pónganse juiciosas y obedezcan a la mamá Chana....

LA CHANA (*tomándolas*).— A cenar ligerito, si no quieren quedarse sin postre.

SAN MARTÍN.— Si comen bien, les daré manjar blanco y les contaré la historia del Hada Madrina.

(*Las chicas palmotean y salen con gran algazara, después de haber besado en la frente al abuelo. Breve pausa.*)

LA CHANA (*reapareciendo, sola*).— ¿Le traigo su mate, don José?

SAN MARTÍN.— No, hija. Esta tarde quiero descansar.

LA CHANA.— Voy a pasarle el pañolón, que comienza a refrescar.... (*Se lo pone sobre las rodillas*).

SAN MARTÍN.— Gracias.

PEPITA Y MERCEDITAS (*asomándose, en coro*).— ¡Cosaco!...

LA CHANA.— Allá voy, bribonazas.... (*Mutis.*)

(*San Martín reflexiona, la cabeza apoyada en una mano, la visión puesta en el tiempo....*)

TELÓN LENTO

ENTRECUADRO

Siéntese una campana que dobla lentamente. Luego redoble de tambor, velado y muy lejano.

CUADRO XXI

LA MUERTE DEL LIBERTADOR

Decoración del cuadro XX. Un día de verano de 1850, al atardecer.

Escena I

(San Martín, Mariano Balcarce.)

MARIANO BALCARCE (*ayudando a sentarse a San Martín*).— Todas sus voluntades, don José, serán religiosamente cumplidas.

SAN MARTÍN.— Quiero que se devuelva al Gobierno del Perú el Estandarte de Pizarro. Es el más alto símbolo peruano, el símbolo de la reivindicación de los esclavos que rompieron sus cadenas, de los héroes que vengaron la afrenta sufrida por sus mayores, de los hombres que disiparon con sus luces y sus espadas las densas tinieblas del coloniaje.

BALCARCE.— Se devolverá.

SAN MARTÍN.— Que se entregue el sable de mis campañas de Chile y del Perú al General don Juan Manuel de Rosas. Comprendo que esto será mal interpretado por los contemporáneos, pero no importa, porque en nuestros actos nunca debe influir la vanidad ni el temor. Es posible que Rosas sea un tirano, culpable de represiones odiosas; pero yo, simbólicamente, sólo debo ver en él al hombre que supo combatir con energía a los extranjeros que atentaban contra el honor de la patria. Es necesario que el mundo entero sepa que el territorio de América es sagrado y sólo los americanos pueden mandar en él.

MARIANO BALCARCE.— Entregaré ese sable y explicaré su opinión a los amigos.

SAN MARTÍN.— Gracias, Mariano. Ha sido usted un buen hijo, el mejor de los hijos. Ha hecho la felicidad de Mercedes y ha puesto un rayo de sol y de alegría en mi vejez. Mi fin está próximo ya y la carga de esta vida mía, tan trabajada, empieza a derrumbarse. Es ley humana que cada cual cumpla su destino. Serás lo que hay que ser o no eres nada. ¿Recuerda usted? Toda mi vida ha sido batallar por el ideal. Consagré lo mejor de mi juventud a España y a la América los años de la plenitud, y todo mi amor. He alentado por América, he sufrido por ella; todo se lo he dado, sin que jamás la menor sombra de ambición o vanidad enturbiara mis actos. Los hombres que libérté me pagaron ingratamente y muchos se complacieron en calumniarme, pero no importa; nada importa, sino la certidumbre de haber obrado siempre con honor y rectitud. Diga usted a los americanos que abrigo una fe profunda en el porvenir de aquellos países. Diga usted a mis amigos, cuando haya partido, que nunca derramé inútilmente la sangre de mis soldados; diga que siempre respeté la vida humana.

MARIANO BALCARCE.— Bien sabe América cuánto le debe.

SAN MARTÍN.— ¡Vanidad! ¡vanidad! Prohibo que se me haga ningún género de funeral, pero desearía que mi corazón fuese llevado a Buenos Aires. Detrás de mi ataúd no deben ir sino los que me quisieron bien, ustedes y acaso algún amigo fiel, si todavía me queda alguno en este mundo. Nada de vanidad, nada de inútiles pompas, que todos nos igualamos en el polvo. Sólo me sería grato un epitafio sencillo, en que no se leyese más palabras que éstas: «Aquí yace un americano que amó y sirvió a sus semejantes.»

(Pausa breve. Mariano Balcarce inclina la cabeza, sobrecogido por la emoción.)

Escena II

(Dichos y Mercedes.)

MERCEDES.— Están ustedes silenciosos.

SAN MARTÍN.— Conversábamos, hija.

MERCEDES.— ¿No se siente bien, papá?

SAN MARTÍN.— Nunca me he sentido mejor. Las

fuerzas parecen volverme y hasta me vienen ganas de salir en coche, en demanda del mar.

MERCEDES.— Saldremos alguna de estas tardes.

SAN MARTÍN.— Llegaremos hasta el campo con mis dos pequeñas malvadas, para que me griten «cosaco» a sus anchas. ¡Ah, las lindas picaronas!

MERCEDES.— Gozaremos del sol y nos reiremos mucho.

MARIANO BALCARCE.— Mañana es día de fiesta y si hace buen tiempo.

SAN MARTÍN.— Por lo pronto invítame a tu pieza, hija, y ofrécame un mate de los míos.

MERCEDES.— Aquí está mi brazo, apóyese, tatita.

SAN MARTÍN.— Me leerás un poco. Puede que hoy tengamos correo de América.

MARIANO BALCARCE.— Esta mañana estaba por llegar el paquete inglés.

SAN MARTÍN.— ¡Ah!

(Se ha detenido, cerca de la puerta, izquierda del espectador, como presa de una fatiga. Mercedes lo sostiene y Mariano Balcarce corre a ayudarlo.)

MERCEDES.— ¿Qué tiene, tatita?

SAN MARTÍN.— Un poco de fatiga. Nada. Ya pasará. . . *(Hace un esfuerzo para reponerse.)*

MERCEDES, *(a Mariano Balcarce.)*— Ese sillón.

MARIANO BALCARCE *(acercándolo y ayudando a acomodar al Libertador.)*— Llamaré al doctor Jackson.

SAN MARTÍN.— C'est l'orage qui mene au port.

(Mercedes está de rodillas, sosteniéndolo. Balcarce sale, rápido. Hácese obscuridad completa en el teatro. Un clarín vibra con loques de victoria, llevándole coro los tambores hasta el fin. Iluminase un sector de la escena con luz vivísima y por el fondo van apareciendo, vestidos con sus uniformes de gala, jóvenes, fuertes, los grandes compañeros de la Hazaña. O'Higgins en primer término, Bolívar en seguida; luego Blanco Encalada, Monteagudo y Las Heras. Atrás Lord Cochrane. Y otros jefes, oficiales, soldados. . . Arrecian los tambores y las campanas a vuelo parecen saludar la gloria, eterna ya, del Libertador.)

TELÓN.

Isla Orrego, Año de 1938.